CUADERNOS
historia 16

Los Balcanes contemporáneos (1)

Julio Gil Pecharromán



236

175 ptas

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

VICEPRESIDENTE: Carlos Bustelo.

DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.

DIRECTOR: David Solar.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

COORDINACION: Asunción Doménech.

REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.°. 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00 - 407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

PUBLICIDAD MADRID: Susana Vázquez.

IMPRIME: MELSA.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía

CUADERNOS historia 16

201. Felipe II. • 202. Altamira. • 203. La Commonwealth. • 204. La ciudad castellana medieval. • 205. Los Borgia. • 206. La Arabia de Lawrence. • 207. La guerra de la Independencia 1. • 208. La guerra de la Independencia 2. • 209. El nacimiento de la escritura. • 210. La China de Mao. • 211. La España de Carlos II. • 212. El Neolítico. • 213. La Florencia de los Medici. • 214. La flota de Indias. • 215. El imperio portugués. • 216. Las primeras ciudades. • 217. La independencia de la India. • 218. Viajeros de la Antigüedad. • 219. Los Templarios. • 220. La Iglesia y la II República. • 221. Los virreinatos americanos. • 222. Los tracios. • 223. La Hansa. • 224. El colonialismo. • 225. Los moriscos. • 226. Ciencia del antiguo Egipto. • 227. La independencia de EE UU. • 228. Las siete maravillas de la Antigüedad. • 229. La China de Confucio. • 230. Cromwell y la revolución inglesa. • 231. Las órdenes mendicantes. • 232. El Irán de Jomeini. • 233. El megalitismo ibérico. • 234. El México de Juárez. • 235. Picasso. • 236. Los Balcanes contemporáneos 1. • 237. Los Balcanes contemporáneos 2. • 238. La ruta de la seda. • 239. La reforma agraria en España. • 240. La revolución de 1905. • 241. Troya. • 242. Los condottieros. • 243. El Magreb. • 244. La conquista de Sevilla, 1248. • 245. La América de Roosevelt. • 246. Los vikingos. • 247. La cultura helenística. • 248. El Madrid de los Austrias. • 249. La conquista árabe de la Península. • 250. Japón Tokugawa. • 251. El Oeste americano. • 252. Augusto. • 253. La Barcelona medieval. • 254. La huelga general de 1917. • 255. Japón: de Meiji a hoy. • 256. La medicina en el mundo antiguo. • 257. La Revolución industrial. • 258. Jorge Manrique. • 259. La Palestina de Jesús. • 260. La España de Isabel II. • 261. Los orígenes de la banca. • 262. La mujer medieval. • 263. Descubrimientos geográficos de los siglos XVII-XVIII. • 264. El Egipto ptolemaico. • 265. Los arameos. • 266. La guerra de los Cien Años. • 267. La colonización de América del Norte. • 268. La Rusia de Pedro el Grande. • 269. La dictadura de Primo de Rivera. • 270. Canadá. • 271. El siglo de oro andaluz. • 272. Los Estados Pontificios 1. • 273. Los Estados Pontificios 2. • 274. Los grandes imperios africanos. • 275. Goya. • 276. La Inglaterra isabelina. • 277. Las Naciones Unidas. • 278. La Babilonia de Nabucodonosor. • 279. El Renacimiento. • 280. Los carlistas. • 281. La Rusia de Catalina II. • 282. El Bizancio de Justiniano. • 283. El nacimiento de Portugal. • 284. La revolución cubana. • 285. La generación del 98. • 286. El año 1640. • 287. La Mafia. • 288. La España de Calderón. • 289. El nacimiento del cine. • 290. La España de Fernando VII. • 291. Aviñón. • 292. El teatro griego. • 293. El peronismo. • 294. Las revueltas campesinas en Andalucía. • 295. La América de la opulencia. • 296. La Castilla del Cid. • 297. La II Internacional. • 298. Hispanos en Roma. • 299. El siglo de Luis XIV. • 300. Los Reyes Católicos.



Inicio de las conversaciones ruso-turcas de Adrianópolis en las que se llegó al armisticio de la guerra de 1877 entre ambos países, que dio lugar a la independencia de Bulgaria

Indice

LOS BALCANES CONTEMPORANEOS (1)

Por Julio Gil Pecharromán
Profesor titular de Historia Contemporánea
UNED, Madrid

Los Balcanes contemporáneos (1)

Julio Gil Pecharromán
Profesor titular Universidad de Educación a Distancia (UNED). Madrid

POCAS expresiones geográficas se prestan a tantas interpretaciones como los términos *Balcanes* y *balcánico*. En sentido estricto, los Balcanes son una cadena de montañas, también conocidas como Stara Planina, que nace al este del río Timok y atraviesa longitudinalmente Bulgaria hasta alcanzar la costa del Mar Negro entre las ciudades de Burgas y Varna. Esta agreste región ha dado su nombre al conjunto de la Península Balcánica, que se extiende al sur de los ríos Save y Danubio y está bañada por los mares Adriático, Jónico, Egeo y Negro. En conjunto, es una de las zonas más abruptas de Europa, recorrida por grandes sistemas montañosos como los Balcanes, los Ródopes, el Pindo o los Alpes Dináricos. Los valles que forman los numerosos ríos constituyen en este marco las vías naturales de comunicación y de asentamiento de los núcleos más numerosos y prósperos de la población de la Península.

Desde un punto de vista geográfico, pues, los Balcanes abarcan el territorio de las actuales Yugoslavia, Bulgaria, Albania y Grecia, más la pequeña porción europea de Turquía. Sin embargo, desde una perspectiva histórica es preciso añadir a Rumania, país situado en su casi totalidad al norte del Danubio, pero al que los historiadores engloban habitualmente en el área balcánica, fundamentalmente por su larga dependencia del Imperio Otomano. En cualquier caso, la Rumania balcánica estaría formada por las regiones danubianas —Valaquia, Moldavia y Dobrudja— con exclusión de la transcarpática Transilvania, poblada mayoritariamente por rumanos, pero vinculada desde antiguo a la Europa central.

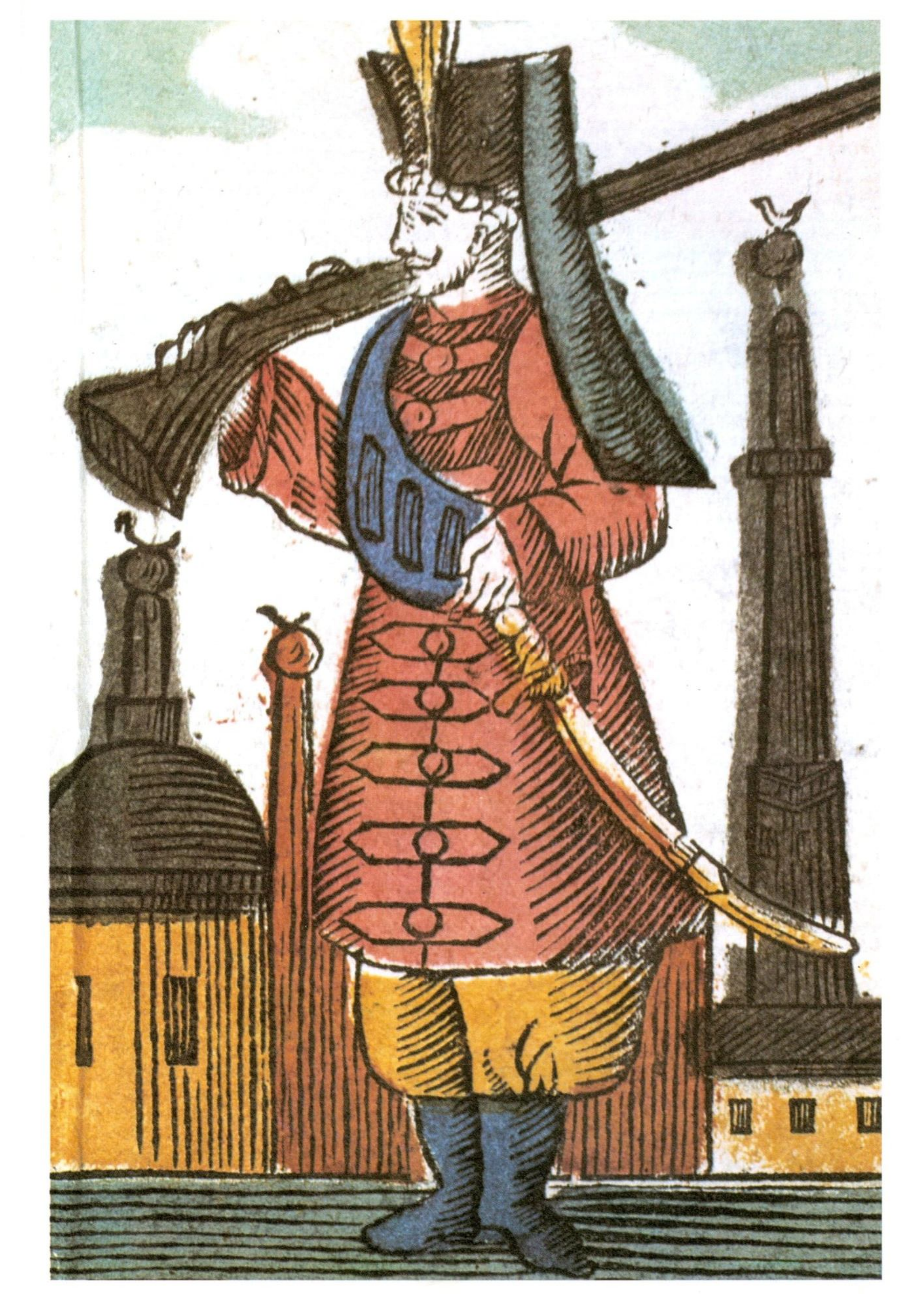
El dominio turco

A finales del siglo XVIII, casi toda la Península era parte del Imperio Otomano. La decadente república de Venecia conservaba la costa dálmata y algunas bases en el litoral del Epiro, y entre ambas zonas, el pequeño y montañoso principado de Montenegro y la república comercial de Ragusa mantenían tenazmente su independencia. Al norte del Danubio, los *hospodares* de Valaquia y Moldavia gobernaban como vasallos del sultán.

En el resto de los Balcanes, los turcos habían establecido un férreo dominio, imponiendo a las poblaciones cristianas un modelo social y económico desconocido en el resto de Europa. Como soberano absoluto, el sultán era dueño de vidas y haciendas. Los cristianos, integrados en la clase servil de los *reaya,* podían ser por tanto sometidos a un régimen de semiesclavitud agraria, mantenidos al frente de empresas artesanales o comerciales o incluso ocupar altos cargos en la Administración, como sucedía con los griegos fanariotas, originarios de Estambul. Aunque las comunidades cristianas mantuvieron algunas instituciones propias, se vieron sometidas a la presión de la colonización turca —sobre todo en Bosnia y Tracia— y a un modelo feudal específicamente turco. El Ejército otomano se componía, fundamentalmente, de *jenízaros,* cuerpo de élite reclutado entre los niños cristianos, y de *espahíes,* soldados regulares musulmanes. Los *espahíes* eran pagados mediante la concesión de feudos —*timar*— a los que se asociaban campesinos en régimen de arrendamiento. El timariota cobraba una renta y podía exigir a sus *reaya* prestaciones laborales en las tierras que explotaba directamente. A su muerte, la hacienda revertía al sultán.

Cuando, a comienzos del siglo XVIII, el Imperio empezó a decaer, el Gobierno otomano —la *Sublime Puerta*— comenzó a vender a particulares feudos timar, que pasaban a ser propiedades hereditarias *(chiftliks).* Ello condujo a una cierta reactivación económica, que favoreció el surgimiento de una minoritaria capa de propietarios cristianos que, junto con artesanos y mercaderes, formaría la base sobre la que se iba a asentar el desarrollo nacional de los pue-

Jenízaro turco del siglo XIX (xilografía popular francesa)



blos balcánicos en la primera mitad del siglo XIX.

La Revolución Francesa supuso un revulsivo para las minorías ilustradas de los Balcanes. En 1797, los franceses ocuparon las Islas Jónicas por un breve plazo. Entre 1805 y 1809, Dalmacia y parte de Croacia y Eslovenia fueron arrebatadas a Austria por Napoleón e integradas, con el nombre de Provincias Ilíricas, en un Imperio Francés. Durante varios años, los habitantes de estas comarcas pudieron familiarizarse con un sistema político y legal muy distinto del despotismo de los emperadores Habsburgo. En Ancona se creó una agencia encargada de propagar los ideales revolucionarios entre los pueblos del Adriático y algunos conatos de insurrección antiturca, como el protagonizado por Righas Feraios en Tesalia en 1808, estaban abiertamente influidos por el ejemplo francés. La caída de Napoleón y el Congreso de Viena parecieron volver las cosas a su anterior estado. Pero entre tanto, los pueblos de la Península habían comenzado a despertar de su prolongado letargo.

El renacimiento cultural

La aparición de movimientos políticos nacionalistas fue precedida en casi todos los Balcanes por corrientes de renovación cultural que, a través de la recuperación de los rasgos de identidad nacional perdidos tras la invasión otomana, prepararon el terreno a las primeras generaciones de luchadores por la independencia. Este *Renacimiento* de la cristiandad balcánica, producido durante el siglo XVIII y comienzos del XIX, poseía una doble naturaleza. Por un lado, el retorno a las tradiciones literarias y artísticas anteriores a la conquista y la lucha por convertir las contaminadas lenguas populares en idiomas literarios. Por otro, la influencia del pensamiento liberal y nacionalista de la Europa occidental, introducido en los Balcanes a través de las colonias de emigrantes griegos y eslavos y de la actividad comercial de puertos como Ragusa o Salónica.

En los países rumanos, este movimiento de reivindicación de la identidad nacional se desarrolló muy pronto. A comienzos del siglo XVIII el hospodar de Moldavia, Dimitrie Cantemir, actuó como déspota ilustrado y reflejó en sus obras históricas un fermento nacionalista que alcanzaría su madurez en la segunda mitad del siglo, con los miembros de la *escuela de Ardeal*, Samuil Micu-Clain, Gheorghe Sinci y Petru Maior, formados en Italia y defensores de una tradición dacio-romana que integraba en una sola comunidad histórica y lingüística a los habitantes de Valaquia, Moldavia y Transilvania.

El Renacimiento heleno se desarrolla en dos direcciones. En Estambul y los Principados, la conservadora aristocracia fanariota apoya la labor cultural de las escuelas eclesiásticas y se esfuerza en reforzar su privilegiada posición dentro del Estado otomano. Escritores como Korais, buscaron aproximar la lengua popular y las formas literarias más cultas. Mientras, una minoritaria corriente progresista, vinculada a la burguesía emergente en las ciudades del norte de Grecia y en las colonias griegas del Mediterráneo occidental, se ocupaba de difundir la filosofía de la Ilustración europea. Anthrakitis, Voulgaris y Katardzis fueron, entre otros, introductores de esta corriente neohelenística que buscaba conciliar las tradiciones nacionales con los aires preliberales de las Luces. A comienzos del siglo XIX, conservadores y liberales planteaban ya un conflicto ideológico que la guerra de la independencia agudizaría.

Los búlgaros conocieron también un Renacimiento cultural muy vigoroso pero que entroncó muy tardíamente con un proyecto político nacionalista. Fundamentalmente tradicionalista, el Renacimiento búlgaro tuvo su máxima expresión en la obra de dos eclesiásticos, el monje Païsi de Jilendar y su discípulo, Sofronij Vracanski, cuyos estudios lingüísticos e históricos animaron al clero ortodoxo en una labor de recuperación de la identidad nacional basada en la lucha por una Iglesia y un sistema educativo propios, en la defensa del idioma búlgaro y en el desarrollo de una conciencia popular orgullosa del pasado histórico de Bulgaria.

Finalmente, en los Balcanes noroccidentales el Renacimiento conoció un tardío pero enérgico florecimiento en torno al movimiento *ilirista*. Eslovenos, croatas y serbios no sólo carecían de una historia común, sino que practicaban diferentes religiones y poseían distintos grados de desarrollo político, según estuvieran bajo dominio habsbúrgico u osmanlí. Por ello, el romanticismo ilirista, que idealizaba un pasado común de los eslavos de la antigua Iliria, se circunscribió al plano lingüístico, en busca de una *lengua del pueblo* pretendidamente vinculada a la tradición nacional. En Eslovenia destacó la labor del sacerdote Valentín Vodnik y del lingüista Jernej Kopitar, mientras que Djuro Matjasevic y, más tardíamente, Ljudevit Gaj colaboraron con sus trabajos a normalizar la lengua croata. Dos serbios de Vojvodina, el poeta Vuk Karadic y el pedagogo Dositiej Obradovic se esforzaron a su vez por recuperar un idio-

ma nacional que estaba notablemente adulterado y apenas poseía expresión escrita. Pero, pese a tan prometedores comienzos y a las breves expectativas alumbradas por la revolución de 1848, el ilirismo no lograría alumbrar un movimiento nacionalista paneslavo que superara el particularismo de los diferentes pueblos de la región noroccidental de la Península.

La rebelión serbia

Con la antigua aristocracia eliminada por la conquista otomana o islamizada, los jefes de las comunidades campesinas y los terratenientes serbios se habían plegado a colaborar con el invasor, mientras la jerarquía religiosa caía en manos del clero griego, que en 1766 abolió incluso el Patriarcado nacional serbio de Pec.

Convertida en frontera del Imperio Otomano tras la paz de Karlowitz (1699), Serbia fue durante largo tiempo escenario de enfrentamientos entre turcos y austríacos. Estos ocuparon el norte del país en 1718, y con ello se intensificaron los contactos con la próspera comunidad serbia establecida en Voivodina, al norte del Danubio. Pero la Administración vienesa, centralista y católica, no supo atraerse el apoyo de la población y en 1739 la región retornó al dominio otomano. La diplomacia rusa, cada vez más interesada en los Balcanes, pasó entonces a competir con la austríaca por el control del país. Tras llegar a un acuerdo para repartirse la Península, los dos Imperios declararon la guerra a Turquía en 1787 y sus ejércitos cruzaron el Danubio. En Serbia estalló un levantamiento popular que se hizo rápidamente con el control de las zonas rurales, mientras los austríacos tomaban Belgrado. Pero las presiones internacionales acabaron imponiéndose y Austria en 1791 y Rusia al año siguiente suscribieron una paz con Turquía que dejaba nuevamente a los serbios en manos del sultán. A comienzos del pasado siglo, los turcos habían restablecido su dominio sobre el país, si bien las reformas emprendidas en el Imperio por Selim III concedieron una mayor autonomía a los jueces cristianos de los pequeños distritos del pachalicato de Belgrado.

Las dificultades internas del Imperio, sometido a una profunda crisis, agravaron la dura explotación del campesinado por los timariotas turcos. En 1804, los jenízaros de la guarnición de Belgrado se sublevaron y asesinaron al pasha, cuya política de tolerancia con la población cristiana disgustaba a los musulmanes. Los rebeldes desataron a continuación una ola de terror contra la población eslava que forzó a muchos de los guerrilleros de 1787 a echarse de nuevo al monte con la colaboración de los *hajduks,* campesinos siervos huidos que sobrevivían agrupados en partidas de bandoleros. Aunque en un principio los serbios luchaban en favor del sultán contra los jenízaros sublevados, no tardaron en surgir los ideales independentistas. Entre sus jefes destacó Gjorgje Petrovic, llamado *Karagjorgje* (Jorge el Negro), un tratante de cerdos que en 1805 convocó en Orasac una Asamblea de jefes de aldea y popes rurales que le invistió como dirigente del movimiento nacionalista. No obstante, Karagjorgje tuvo que pactar con los terratenientes, contrarios al establecimiento de una democracia campesina, y entregar a un Senado la administración civil del Estado embrionario, reservándose él la dirección del ejército.

La lucha de los serbios adquirió pronto caracteres de guerra de liberación, animada por la negativa de Selim III a concederles la autonomía. En agosto de 1806, el ejército otomano fue derrotado en Misar y los patriotas ocuparon Belgrado y otras fortalezas del norte. Karagjorgje solicitó sin éxito ayuda a Austria y obtuvo apoyo militar de Rusia, que acababa de entrar en guerra con Turquía. Pero la diplomacia zarista se apoyaba en el partido de los terratenientes, dueños del rudimentario aparato administrativo y cada vez más opuestos al sector popular que acaudillaba el líder independentista. En diciembre de 1808, animado por sus triunfos, Karagjorgje se hizo proclamar príncipe por una Asamblea popular *(Skuptstina).* Ello provocó la ruptura con los conservadores y disgustó al zar. Cuando, en 1812, Rusia y Turquía firmaron la paz de Bucarest, Nicolás I abandonó la causa serbia a cambio de una vaga promesa de autonomía. Poco después, el ejército otomano recuperaba el control del país sin que los rusos, ocupados en rechazar la invasión napoleónica, auxiliaran a los divididos patriotas. Karagjorgje huyó a Austria y sus partidarios se refugiaron en las montañas.

Las brutales represalias ejercidas sobre la población encendieron la mecha de una nueva sublevación, que estalló en abril de 1815. La encabezó el líder guerrillero Milos Obrenovic. Milos era partidario de la negociación y, aunque al principio los serbios tuvieron que combatir, derrotando a los turcos en Matsara, abrieron luego conversaciones con los enviados de Mahmud II, quien, temeroso de una intervención rusa, aceptó un acuerdo en noviembre de 1815. La Serbia septentrional se convertiría en una provincia autónoma, en la que perma-


EL IMPERIO OTOMANO
EN EUROPA
(SIGLOS XVII-XVIII)
SILESIA
Cracovia
REINO DE POLONIA
Jitomir
Lvov
Zuravno 1676
Bucac 1672
PODOLIA
(otom. 1672-99)
Kamenets-Podolski
Umán
BOHEMIA
HUNGRIA
REINO DE HUNGRIA
Kahlenberg 1683
Linz
Viena 1615
Presburgo
Kaschau
Chotin 1621-84
AUSTRIA
Parkany 1683
Zsitvatorok 1606
Buda
BUCOVINA 1775
Stanilesti 1711
Iasi 1792
Tutora 1620
BESARABIA
JEDISAN 1792
Graz
S. Gotthardo
TRANSILVANIA 1699
Klagenfurt
ESTIRIA
Vasvar 1644
HUNGRIA 1699
Grosswardein
Kolozsvar
MOLDAVIA
Bender
CARINTIA
Szegedin
Karlsburgo
Fünfkirchen
Trieste
Agram
Zenta 1697
Hermannstadt
Temesvar
Harkany 1687
Hateg 1690
Kilia
CROACIA
BANATO 1718
Galati
Peterwardein 1716
Braila
Karlowitz 1699
Slankamen 1691
Belgrado 1717
Bihac
PEQUEÑA VALAQUIA 1718-39
Tirgoviste
VALAQUIA
BOSNIA
Belgrado 1739
Passarowitz 1718
Turnu Severin
Craiova
Bucarest
Silistra
Zara
1720
DALMACIA 1699
1718-39
SERBIA
Sarajevo
Vidin
MAR
Kutchuk-Kainardji 1774
MAR
Spalato
Mostar
Nicópolis
Varna
1699 -1720
HERZEGOVINA
Tirnovo
BULGARIA
ADRIATICO
REP. DE RAGUSA
Ragusa
MONTENEGRO
Pristina
Sofía
NEGRO
Cattaro
Filipópolis
Scutari
Skopje
Adrianópolis
RUMELIA
ALBANIA
Ohrida
Estambul
Kavala
Rodosto
MACEDONIA
Salónica
Gallípoli
Valona
Bursa
EPIRO
LEMNOS (ven. 1656-57)
Butrinto
Larisa
CORFU
Parga
LESBOS
Prevesa 1718
TESALIA
MAR EGEO
Bergama
STA. MAURA 1684
Vonitsa 1718
EUBEA
QUIO 1694-95
Esmirna
Livadia
CEFALONIA
Patrás
Atenas 1687-88
SAMOS
Aydin
Corinto
ZANTE
MOREA 1685-1715
ICARIA 1694-95
NAXOS
Kalamata
Monemvasia
RODAS
Candia
CRETA (ven. ha. 1669)
El Imperio otomano en 1683
Territorios de los Habsburgo
República de Venecia
Variaciones territoriales, 1683-1700:
A los Habsburgo
A Venecia
A Polonia
Variaciones territoriales, 1701-1720:
A los Habsburgo
A Venecia
Al Imperio otomano
Variaciones territoriales, 1721-1792:
A los Habsburgo
A Rusia
Al Imperio otomano
Frontera del Imperio otomano a finales del siglo XVIII
Tratados de paz
Victorias otomanas
Derrotas otomanas

cerían algunas guarniciones turcas. Los serbios conservarían su ejército y la autonomía fiscal, política y religiosa, gobernados por un príncipe *(knez)* vasallo del sultán y la *Skuptstina*. Pero esta política contemporizadora encendió pronto el descontento en los sectores populares. Karagjorgje regresó a Serbia y se puso al frente de una partida de campesinos, con la que combatió a los terratenientes hasta que, en julio de 1817, fue asesinado por sicarios del gobierno. A partir de entonces, nada se opuso al despotismo de éste. A finales de 1817 fue designado príncipe por una *Skuptstina* controlada por sus partidarios. Su política era ir arrancando concesiones al sultán comportándose como un leal vasallo —se negó a apoyar la sublevación griega— y aprovechar los momentos de debilidad del Imperio para jugar la carta de la protección rusa. Obtuvo sus primeros frutos con la Convención de Akkerman (1826), por la que el zar se convertía en garante de la autonomía serbia. Su neutralidad en la guerra ruso-turca de 1828-1829 le valió el reconocimiento por la Sublime Puerta de su condición de monarca hereditario y la salida del país de los *esphaíes* otomanos. Finalmente, en 1833, Serbia se vio engrandecida en seis distritos situados en sus fronteras meridionales.

En adelante, Milos dedicó sus energías a mejorar la situación del país. La desaparición del sistema de *timar* y la abolición de la servidumbre en 1837 favoreció la creación de una amplia capa de pequeños propietarios rurales. Se reprimió el bandidaje de los *hajduks,* se reformó la enseñanza y se restableció la independencia de la Iglesia nacional con la creación de un arzobispado en Belgrado. Sin embargo, el poder de Milos —que se había arrogado el monopolio del comercio exterior— alarmaba a los antiguos dirigentes revolucionarios, ahora ricos ganaderos y agricultores. En 1838 consiguieron que el sultán promulgase un Estatuto que recortaba los poderes del príncipe en beneficio de un Consejo de Estado controlado por la oligarquía y establecía la libertad de comercio. Este revés, unido a la ruina financiera del principado, movió a Milos a abdicar poco después en su hijo Milan.

La independencia de Grecia

De entre todos los pueblos balcánicos, los griegos eran los que reunían mejores condiciones para sacudirse el yugo turco. Marinos y comerciantes muy hábiles, mantenían estrechas relaciones con la Europa occidental y formaban activas comunidades en las principales ciudades del Mediterráneo oriental. La oligarquía griega poseía un considerable poder económico y político en el Imperio, e incluso los nobles fanariotas gobernaban como delegados del sultán en los Principados danubianos. El clero heleno, pilar fundamental en el mantenimiento de la identidad nacional, no sólo disfrutaba de gran autonomía, sino que, a través del Patriarcado de Constantinopla ejercía un práctico monopolio religioso sobre los eslavos ortodoxos.

Esta privilegiada situación no había escapado al interés de la diplomacia zarista. Desde la época de Catalina II, los rusos estimularon los ideales helenistas y fomentaron la resistencia al dominio turco mediante sublevaciones como la de Maina, en 1770, sangrientamente reprimidas por los jenízaros. *Kleftos* y *palikaros,* bandidos-guerrilleros que actuaban en Grecia continental y las islas del Egeo contra los intereses otomanos, eran héroes populares para una población sometida a una dura servidumbre por los *espahíes* y la aristocracia colaboracionista. Durante las guerras napoleónicas, la creciente exaltación nacionalista facilitó la aparición de sociedades secretas dedicadas a preparar un levantamiento. En 1814, Emmanuel Xanthos, Nikolaos Skoufos y Athanasios Tsakalov fundaron en el puerto ruso de Odessa la *Filikí Hetairia* (Sociedad de los amigos), protegida por Alejandro I. En pocos años, su organización se extendía por Grecia, los Principados danubianos, Estambul y las colonias griegas en el extranjero. Mientras tanto, desde la recién creada República de las Jónicas, bajo protectorado británico, los ideales patrióticos se expandían por la Hélade.

En la primavera de 1820, Alí, pachá del Epiro, se declaró en rebeldía contra el sultán. El envío de un ejército contra él fue la señal para la insurrección griega. Alexander Ypsilanti, un noble fanariota general del ejército ruso, entró en Moldavia en abril de 1821 al frente de un contingente de hetairiotas, e hizo un llamamiento a la sublevación de los pueblos balcánicos. Pero su iniciativa, contraria al espíritu de la Santa Alianza en unos momentos en que las revoluciones liberales triunfaban en media Europa, fue desautorizada por el zar, y los campesinos rumanos, sublevados bajo la dirección de Tudor Vladimirescu, no se mostraron favorables a colaborar con los hetairiotas. En pocos meses, las tropas turcas habían terminado con la resistencia de los rebeldes a Ypsilanti se veía obligado a refugiarse en Austria.

En Grecia, los patriotas obtuvieron importan-



Batalla de Navarino en la guerra greco-turca de 1827 (grabado francés del siglo XIX)

tes éxitos iniciales. En marzo de 1821, el obispo de Patrás, Germanos, impulsó un levantamiento en el Peloponeso, inmediatamente apoyado por las bandas de *palikaros* y que encontró un jefe militar en Mavromijalis. Tras tomar Tripolitza, sede del gobernador otomano, lograron prácticamente el control de Morea y el Atica, mientras los piratas *klepftos* controlaban el Egeo, impidiendo a la flota turca atravesar los Dardanelos. Consolidado el movimiento emancipador, en enero de 1822 se reunió una Asamblea nacional en Epidauro, que proclamó la independencia de Grecia, redactó una Constitución republicana muy avanzada y designó un Gobierno provisional presidido por Alexander Mavrokordatos, un acaudalado aristócrata fanariota.

Pero los griegos combatían en inferioridad de condiciones, en una guerra de guerrillas que atraía terribles represalias sobre la población, como la matanza de 25.000 habitantes de la isla de Quíos, en abril de 1822, que horrorizó a Europa. Las simpatías despertadas por la causa griega, que se tradujeron en acciones individuales como la del poeta inglés Lord Byron, muerto en la defensa de Misolonghi, chocaban con los criterios de las potencias de la Santa Alianza, que temían, como Rusia, el triunfo de los nacionalismos liberales o, que estaban interesadas, como Francia, en evitar el colapso del Imperio Otomano. Por otra parte, entre los independentistas surgían las disensiones. La exigencia del campesinado siervo de una reforma agraria radical, amparada por los liberales y combatida por el bloque conservador for-

mado por terratenientes y armadores, condujo a una virtual guerra civil en 1823.

A comienzos de 1825, el sultán llamó en su auxilio a su vasallo, el pachá de Egipto, Muhamad Alí. Este envió su flota y un fuerte ejército, mandado por su hijo Ibrahim Pachá, que desembarcó en Morea e inició la reconquista de la península. En abril de 1826 cayó en su poder Misolonghi y en junio del año siguiente las tropas turco-egipcias entraron en Atenas. La sublevación griega parecía liquidada cuando las grandes potencias decidieron intervenir.

En principio, éstas parecían inclinarse por una autonomía similar a la serbia, con un reparto del país en zonas de intereses. Pero el filohelenismo de la opinión pública europea y el decidido apoyo a la causa griega del zar Nicolás I, que en marzo de 1826 envió un ultimátum a Estambul para que pusiera fin a las matanzas, animaron a Londres y París a intervenir. Finalmente, los tres países acordaron en Londres, en julio de 1827, mediar ante el sultán en apoyo de la autonomía griega. La negativa turca a negociar justificó el envío de una flota franco-británica que, unida a la rusa, derrotó a los egipcios el 20 de octubre en la batalla naval de Navarino. Rusia declaró la guerra al sultán e invadió el Cáucaso y los principados danubianos, y un ejército francés colaboró con los griegos en la liberación de Morea. Enfrentada a fuerzas superiores, Turquía pidió la paz. El tratado de Adrianópolis (14 de septiembre de 1829) supuso el comienzo del fin de la soberanía otomana en los Balcanes. Los Principados danubianos fueron colocados bajo protectorado ruso. Serbia y Grecia veían reconocida su condición de Estados autónomos bajo soberanía de La Puerta y la protección de las grandes potencias, que eligirían al futuro monarca heleno.

El nuevo Estado se había dotado, mientras tanto, de sus primeras instituciones. Una Asamblea nacional, reunida en junio de 1827 en Trezenas, aprobó una nueva Constitución, designando *gobernador* a Ioannis Capo d'Istria, antiguo consejero del zar Alejandro, que acometió la tarea de crear una Administración centralizada. Pero la falta de acuerdo para resolver el problema agrario, la frustración ante los resultados obtenidos con la paz, que liberaba un territorio muy alejado de la *Gran Grecia* soñada por los patriotas, y las continuas ingerencias de las potencias protectoras complicaron en seguida el panorama político. Frente a Capo d'Istria, rusófilo y enemigo de una Monarquía impuesta, se alzó un partido profrancés, dirigido por Ioannis Colettis, y otro probritánico, encabezado por Mavrokordatos. La designación de Leopoldo de Sajonia-Coburgo como rey contribuyó a empeorar la situación, hasta el punto de que el monarca renunció a ocupar el conflictivo trono mientras Capo d'Istria asumía todos los poderes. Ello condujo a una virtual situación de guerra civil y al asesinato del dictador en octubre de 1831. En mayo del año siguiente, el bávaro Otón de Wittelsbach aceptó la oferta de las grandes potencias, pero no ocupó el trono hasta comienzos de 1833. Sólo entonces el sultán retiró su guarnición de Atenas, admitiendo la independencia del minúsculo Estado griego.

La Guerra de Crimea

Tras la paz de Adrianópolis, Rusia se había confirmado como la potencia mejor situada en la lucha por el control de los Balcanes. La revolución de 1848 demostró las dificultades de Austria para mantener su papel de primera potencia ante el triunfo de las tendencias particularistas de las minorías no alemanas del Imperio. La pretensión húngara de recuperar su soberanía frente a los gobernantes vieneses fue contestada por los otros pueblos integrantes de la Corona magiar, croatas, serbios, rumanos de Transilvania, que preferían el relajado dominio austríaco a una sumisión más efectiva a los nacionalistas húngaros. Los ideales *iliristas,* estimulados por Serbia, conocieron un breve renacimiento. Por ello, cuando en julio de 1848, los rusos invadieron Hungría para restablecer la autoridad del emperador Francisco José, los contingentes militares eslavos, dirigidos por el *ban* de Croacia, Jelacic, colaboraron con las tropas zaristas en la represión del movimiento independentista magiar.

La potencia rusa inquietaba a sus antiguos aliados. Gran Bretaña temía por su posición en el Mediterráneo oriental y Napoleón III deseaba ampliar la influencia francesa en Estambul y las nuevas cortes balcánicas. En 1850, el Gobierno de San Petersburgo invocó la protección de los cristianos de la Península y de Palestina para iniciar una política de injerencia en los asuntos otomanos. Francia, tradicional protectora de los católicos en el Imperio, se opuso. En febrero de 1853, Nicolás I planteó sus exigencias en forma de ultimátum. Londres y París respaldaron al sultán, que las rechazó. En julio, las tropas rusas ocuparon los Principados rumanos, dando así motivo a una guerra en la que franceses y británicos lucharon en alianza con los turcos.

Guerra de Crimea. Arriba, batalla de Inkermann: los rusos atacan las posiciones inglesas y las tropas francesas acuden en apoyo de sus aliados. Abajo, almuerzo navideño de la oficialidad británica en el sitio de Sebastopol

Las operaciones militares se centraron en Crimea, donde desembarcó un cuerpo expedicionario franco-británico en septiembre de 1854. Aislada, Rusia vio cómo entraba también en guerra contra ella el reino de Cerdeña y, ante las amenazas de Prusia y Austria, tuvo que abandonar Valaquia y Moldavia, que fueron temporalmente ocupadas por los austríacos. Tras la toma de Sebastopol (septiembre de 1855), el zar Alejandro II se avino a negociar. La paz de París, firmada en marzo del año siguiente, supuso un duro revés para las aspiraciones balcánicas de Rusia, ya que no sólo tuvo que admitir la integridad territorial de Turquía y la neutralización del mar Negro, sino que perdió el *status* de potencia protectora sobre Velaquia y Moldavia y hubo de entregar a esta última la zona sur de Besarabia.

Nacimiento de Rumania

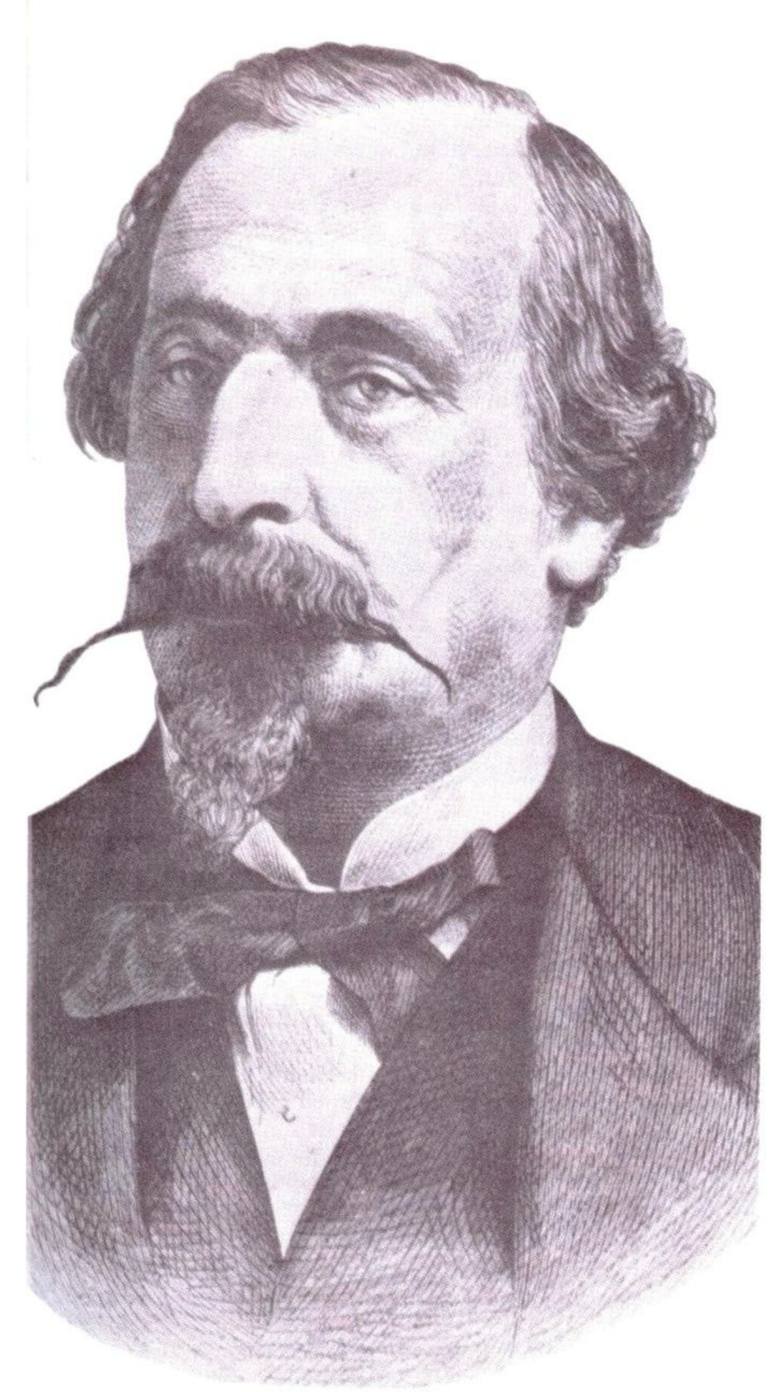
Una de las consecuencias más trascendentales de la guerra de Crimea fue que abrió paso a las etapas finales de la unificación de moldavos y valacos. Durante más de un siglo, los rumanos de los Principados habían visto limitado su despertar nacional por dos circunstancias a las que eran ajenos. Por un lado, la preeminencia de la aristocracia y el clero griegos, que controlaban la vida administrativa y cultural y buena parte del poder económico. Por otro, la presión rusa sobre el país, que si bien impedía el dominio efectivo de la Sublime Puerta, ahogaba cualquier propósito de unificación o de liberalización política.

La incorporación de la mitad oriental de Moldavia, Besarabia, al Imperio zarista en 1812 había creado fuertes resentimientos entre los rumanos. Las frecuentes invasiones y la inestable posición de los hospodares vasallos del sultán, favorecían el desarrollo de los ideales unionistas, que habían prendido con fuerza entre la escasa burguesía y algunos nobles (boyardos).

Tras la ocupación rusa de 1828, los hospodares griegos fueron sustituidos por rumanos y el gobernador militar ruso, conde Kiselev, auspició una serie de reformas en beneficio de la aristocracia rusófila. En marzo de 1830, dos asambleas de boyardos —los *divanes ad hoc*— equipararon los sistemas políticos al promulgar sendos Reglamentos Orgánicos que establecían la división de poderes y la elección de los príncipes por Asambleas estamentales integradas por nobles, alto clero y comerciantes. El régimen agrario fue modificado, agravando la servidumbre campesina en los dominios señoriales.

Los Reglamentos no sólo ahondaron las diferencias sociales, sino que dejaron insatisfechas las expectativas de una opinión nacionalista cada vez más amplia. La labor de príncipes como Alexandru Ghica y George Bibescu en Valaquia y Mihai Sturdza en Moldavia, permitió una cierta modernización económica y social —triplicación del área cultivada, apertura comercial a Occidente, establecimiento del sistema postal, creación de escuelas rumanas—, que facilitó la difusión de las ideas liberales, no sólo entre los boyardos de formación cultural francesa, sino entre las clases medias y populares. Cuando en 1848 la oleada revolucionaria alcanzó a los Principados, fue un grupo de jóvenes nobles educados en París —Ion Ghica, C. Rosetti, Ion A. Cuza, Nicolae Balcescu, Ion Bratianu— quien se puso al frente del movimiento. Los patriotas fracasaron en Moldavia, donde el príncipe Sturdza se negó a aceptar su exigencia de reformas radicales y llamó en su auxilio a las tropas rusas. Pero un Comité revolucionario logró hacerse con el poder en Valaquia, con un programa de unidad nacional y reformas democráticas, redactado por Balcescu y Heliade Radulescu y conocido como *Proclamación de Islaz* (21 de junio). La intervención militar de rusos y turcos frustró el intento y acarreó, tras la Convención de Balta Liman, el restablecimiento del condominio y la reforma en sentido restrictivo de los Reglamentos Orgánicos.

Hubo que esperar a la ruptura entre San Petersburgo y Estambul para que la causa nacional recibiera un nuevo impulso. Tras la derrota rusa, se restablecieron los Divanes y el principio de elección de los hospodares, pero Austria y Turquía se opusieron a la unificación de los Principados. En la primavera de 1857 surgieron unos *Comités electorales de la Unión* que, apoyados por las diplomacias francesa y rusa, solicitaron la reunión de una Asamblea común de los Principados. La negativa de la Puerta sólo permitió la elección de nuevos *divanes ad hoc* para reformar los Reglamentos. Pero los unionistas obtuvieron triunfos aplastantes en Iassi y Bucarest y, tras constitutirse, ambas asambleas se pronunciaron por la unificación. En agosto de 1858, Napoleón III obtuvo en París el reconocimiento de las potencias europeas de unos Principados Unidos que, en realidad, sólo suponían la unión personal de las dos coronas. Los Divanes eligieron para llevarla a cabo al coronel moldavo Cuza, uno de los dirigentes revolucionarios del 48.



Napoleón III

Pero hubo que esperar al edicto imperial de 2 de diciembre de 1861 para que Cuza se convirtiera en príncipe de un Estado rumano único, con una sola Asamblea Nacional, y unidad legal, monetaria, administrativa y militar.

Triunfo del constitucionalismo

En el período que media entre la paz de Adrianóplis y la guerra balcánica de 1876-1878, el panorama de los pueblos de la Península varió sustancialmente. Grecia y Serbia, los primeros estados nacionales, consolidaron sus procesos de separación del Imperio Otomano y, pese a la extrema debilidad de sus sistemas de partidos, se dotaron de modelos constitucionales similares a los que triunfaban en la Europa occidental. Más atrasado, el pequeño Montenegro también dio los primeros pasos hacia un orden liberal mientras los principados del Danubio se fundían en un Estado único, Rumania, y hasta la Turquía feudal conocía profundas mutaciones políticas y administrativas. Pero estas reformas no fueron acompañadas por una modernización social y económica similar. Los países balcánicos seguían siendo más orientales que europeos. La carencia de infraestructuras, el peso de los sectores feudales vinculados a la tierra, la lenta emergencia de una burguesía liberal integrada por burócratas, comerciantes y profesionales, sin interés real en fomentar un proceso de industrialización para el que faltaban capitales, fueron causas que impidieron el surgimiento de sociedades modernas en unos países donde la abolición de la servidumbre no mejoró las condiciones de vida de unas masas campesinas que habían combatido en pro de la independencia con la esperanza de la emancipación económica.

En Serbia, la paz no trajo la necesaria tranquilidad para consolidar el régimen liberal. Milos abdicó en 1839 en su hijo Milan que, gravemente enfermo, murió un mes más tarde. Le sucedió su hermano Miguel, un joven de 16 años a quien el sultán, teórico soberano del país, manejaba mediante dos regentes. La pésima situación económica y una subida de los impuestos acrecieron el descontento popular y los partidarios de los Karagjorgjevic comenzaron a agitarse. De nada le sirvió a Miguel el apoyo ruso. En 1842, los regentes le depusieron y la *Skuptstina* eligió príncipe a Alejandro I, hijo de Karagjorgje. El nuevo soberano demostró mayor capacidad de estadística. Durante su reinado se reorganizó la Hacienda arruinada, se acometieron importantes obras públicas, se adoptó un Código Civil y se dio un notable impulso a la cultura nacional con la creación de un Liceo de enseñanza superior y de una Sociedad Literaria. La *zadruga,* la institución patriarcal sobre la que descansaba el orden rural, fue reformada para dar mayor libertad a la iniciativa individual y al proceso de concentración de la propiedad. Pero las dificultades le superaron. El sultán se negó a reconocer sus derechos hereditarios y empeoraron las relaciones con Rusia. Ahora eran los partidarios de los Obrenovic los que se agitaban y en 1845 estalló una sublevación que pudo ser derrotada.

En Serbia despertaba entonces un naciona-

lismo expansionista que tenía su principal animador en Ilija Garasanin, dirigente conservador que propuso en 1844 el *Nacertanije,* un programa de acción militar y diplomática que pretendía integrar en una Gran Serbia a todos los eslavos balcánicos. Cuando, en 1848, los serbios de la Vojvodina hicieron causa común con los croatas contra sus dominadores magiares, Garasanin, ministro de Exteriores, les apoyó con armas y dinero pero el Gobierno reconoció los derechos de los Habsburgo sobre la zona, lo que facilitó el acercamiento a Austria. Su neutralidad en la Guerra de Crimea permitió a Serbia sacudirse el protectorado ruso, aunque no la soberanía otomana lo que, dados los sentimientos rusófilos del pueblo, disminuyó la popularidad del *knez.* La sucesión de conspiraciones y desórdenes promovidos por los nacionalistas descontentos con la política proaustríaca del monarca y las crecientes peticiones de la oposición liberal en favor de un régimen parlamentario movieron a la Asamblea a destituir a Alejandro en 1858.

Los conservadores llamaron entonces al anciano Milos, que regresó del exilio en medio del entusiasmo general para morir al poco tiempo. Durante el segundo reinado de su hijo Miguel, Serbia dispuso por fin de un período de paz interna para acometer las imprescindibles reformas. Se amplió el sistema electoral censitario, se modernizó el sistema judicial y se acometió, con ayuda de instructores franceses, la creación de un potente ejército regular. Garasanin, convertido en primer ministro, desarrolló una política de firmeza frente al decadente poder otomano, que tras algunos choques armados permitió la evacuación de las guarniciones turcas en 1867. Sin embargo, Miguel no logró evitar el descontento de los liberales ante su régimen autoritario ni las actividades de los partidarios de la dinastía rival, alentadas por una Austria temerosa de la fuerza del nacionalismo serbio. En junio de 1868 fue asesinado mientras paseaba por las afueras de Belgrado.

La *Skuptstina* designó entonces a su primo Milan, de catorce años, bajo una regencia presidida por el líder liberal Iovan Ristic. En 1869 se promulgó una Constitución muy moderada, que reforzaba el parlamentarismo, pero mantenía el poder del príncipe a salvo de la fiscalización del Legislativo. Con la reforma política, pudieron actuar los primeros partidos parlamentarios: el liberal, rusófilo y partidario de una política expansionista, y el progresista, de carácter conservador, más proclive al acercamiento a Austria.

Mientras Serbia se debatía entre la debilidad de sus estructuras internas y la pretensión de convertirse en una gran potencia eslava, el principado de Montenegro mantenía su tradicional papel de baluarte antiturco. Gobernados por los obispos de Cetinje, que se sucedían de tío a sobrino, los pocos más de 100.000 habitantes del montañoso territorio llevaban una existencia muy primitiva, agrupados en clanes virtualmente independientes y a menudo enfrentados. Con Pedro II (1830-1851) se realizaron las primeras reformas: sustitución de la tradicional asamblea de clanes por un Senado de 12 miembros, establecimiento de un ejército regular, introducción de la imprenta, centralización administrativa. Su sucesor, Danilo II (1851-1860), dio un paso decisivo al abandonar los hábitos y secularizar el principado. Convertido en hospodar, promulgó una Constitución en 1852 e introdujo algunas reformas liberales que serían profundizadas durante el largo reinado (1860-1918) de su sucesor, Nicolás I, que asumió el título de rey en 1908. Pero el aislamiento del país y la continua amenaza de los turcos —que en 1858 y 1862 intentaron sendas invasiones— no permitieron a Montenegro abandonar su existencia casi medieval.

En Rumania, la experiencia de constitucionalismo avanzado duró poco tiempo. El príncipe Cuza y su primer ministro, el liberal Mihai Kogalniceanu, acometieron en 1863 un programa de *reformas esenciales:* nacionalización de las tierras de los monasterios y ruptura de la Iglesia nacional con el Patriarcado de Constantinopla —lo que suponía un duro golpe al poder del clero griego—, reorganización del Ejército, creación del Consejo de Estado, introducción del Código Civil napoleónico, etc. Cuando el Gobierno quiso emancipar al campesinado siervo, la Asamblea Nacional, controlada por los conservadores, se negó, lo que motivó su disolución mediante un golpe de fuerza en mayo de 1864. Libres de oposición, los liberales convocaron un plebiscito para cambiar el sistema electoral y promulgaron una reforma agraria que pretendía repartir dos millones de hectáreas en pequeños lotes entre los campesinos. Pero estas medidas concitaron una fuerte oposición entre los boyardos y, tras enemistarse con los liberales, Cuza fue víctima en febrero de 1866 de un golpe militar que le llevó al exilio.

Constituida la Regencia, se emprendió la búsqueda de un nuevo príncipe, elección que recayó en el alemán Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen, que reinaría con el nombre de Carol I. Bajo el gobierno de una coalición de liberales y conservadores —la llamada *coalición monstruosa*— presidida por el liberal Ion Bratianu, se aprobó la Constitución de 1866, que otorgaba al



Alejandro I de Serbia

Desmembración del Imperio otomano en la zona balcánica

Nicolás I de Montenegro

príncipe la dirección del Ejecutivo y del Ejército y el derecho de sanción sobre las leyes aprobadas por la Asamblea Nacional. Como era de esperar, el nuevo régimen contrarrestó los efectos de la reforma agraria facilitando la adquisición de los minifundios por los grandes propietarios y favoreciéndoles con una dura ley de contratos de cultivo que provocó una honda agitación popular. En política exterior, Bratianu y su sucesor, el conservador Lazar Catargiu, se distanciaron de Francia y en 1873 Rumanía se adhirió a la *Alianza de los Tres Emperadores,* integrada por Alemania, Rusia y Austria.

La consolidación de la revolución liberal también encontró serios obstáculos en Grecia. El rey Otón se hizo pronto impopular al situar a sus consejeros bávaros en los altos cargos de la Administración y el Ejército. Al alcanzar la mayoría de edad prescindió del apoyo de los partidos y asumió un gobierno personal, durante el que se acentuó el proceso de centralización administrativa y la represión contra las protestas del campesinado hambriento de tierras. El creciente descontento ante un monarca que los griegos consideraban extranjero, condujo a la aparición de conspiraciones liberales. En

septiembre de 1843 un pronunciamiento militar impuso a Otón una Constitución, que establecía la responsabilidad gubernamental ante una Asamblea bicameral, cuya Cámara Baja sería elegida por sufragio universal. Pero las expectativas de mejora se vieron frustradas por la carencia de una clase dirigente con visión de Estado. Entre 1843 y 1847 gobernaron sucesivamente Mavrokordatos y Colettis, quienes apenas hicieron nada por superar el atraso económico de Grecia, ocupados en favorecer a sus partidarios y en mantener una estricta centralización administrativa. Colettis adquirió enorme popularidad por su doctrina de la *Gran Idea,* que vinculaba el progreso nacional con la expansión territorial, lo que servía para desviar la atención de la población de la mala situación interna. En los años centrales del siglo, Grecia vivió una fuerte agitación nacionalista, que se tradujo en el apoyo a las insurrecciones antiturcas de Tesalia y Epiro. Pero Francia e Inglaterra, aliadas entonces de Turquía en la guerra con Rusia, frenaron las iniciativas libertadoras ocupando militarmente El Pireo entre 1854 y 1857 e impidiendo a los griegos acudir en apoyo de sus compatriotas cretenses, sublevados contra el sultán en 1858 y 1862. La inestabilidad política provocada por el continuo fraccionamiento de los partidos y la claudicación ante la imposición de las potencias, disminuyó aún más el prestigio de Otón, cuyo autoritarismo era combatido por una nueva generación de políticos liberales. En octubre de 1862 fue depuesto por un golpe militar.

Tras una afanosa búsqueda de candidatos al trono, estorbada por los mutuos recelos de las potencias protectoras, la Asamblea Nacional eligió a un miembro de la casa real danesa, Jorge I. Con la nueva monarquía, de talante más democrático, llegó la Constitución de 1864 que limitó las prerrogativas de la Corona, estableció una única Cámara elegida por sufragio universal y amplió la garantía a los derechos cívicos. El clima de reconciliación nacional se vio además favorecido por la incorporación de la República de las Jónicas, en marzo de ese año, lo que estrechó los lazos entre Londres y Atenas.

No obstante, la evolución de la situación internacional no era favorable al panhelenismo. En 1866, los cretenses se levantaron contra el sultán y solicitaron su incorporación a Grecia. El Gobierno liberal, y sobre todo el ministro de Exteriores, Trikoupis, se mostraron dispuestos a declarar la guerra a Turquía. Trikoupis buscó el apoyo militar de Egipto, Rumania y Montenegro y suscribió con los serbios un acuerdo en favor de la autodeterminación de los cristianos balcánicos sometidos a los otomanos. Pero el veto franco-británico obligó al rey a frenar estas maniobras, que contaban con el apoyo de la opinión pública, pero que rebasaban las posibilidades internacionales del país.

Las reformas Tanzimat

La sucesión de desastres experimentados por el Imperio Otomano entre 1810 y 1829 —pérdida de Egipto, derrotas sucesivas ante Rusia, amenaza a su hegemonía en los Balcanes— provocaron entre las clases dirigentes turcas una reacción que buscó en las reformas políticas y administrativas el revulsivo que detuviera la desintegración del Estado. Las primeras medidas modernizadoras adoptadas en tiempos de Mahamud II fueron continuadas por sus hijos, Abdul Mecid y Abdul Aziz, que reinaron sucesivamente entre 1839 y 1876, mediante el programa conocido como *tanzimat-i-hayrye* (legislación útil) o simplemente como las *reformas Tanzimat.* El primer paso fue la promulgación, en noviembre de 1839, del Edicto Imperial de Gülhané, que proclamaba la igualdad entre todos los súbditos del Imperio, establecía la unidad jurisdiccional frente a la anterior separación en comunidades religiosas y reforzaba el control de la Administración central sobre el cobro de los impuestos y el reclutamiento militar.

Durante tres décadas, el gran visir Mustafá Rasid Bajá y su equipo de reformistas desarrollaron numerosas iniciativas que buscaban la recuperación otomana mediante la importación de modelos occidentales y la eliminación de los tradicionales esquemas religiosos y sociales. Así, en 1848 fue abolido el sistema de los *espahíes,* lo que implicó una revolución en la estructura de la propiedad agraria de los Balcanes turcos. Donde habían arraigado las haciendas privadas o *chiftliks,* los campesinos fueron empleados como mano de obra asalariada en condiciones de semiesclavitud. En las zonas donde eran mayoritarias las fincas administradas por el Estado, fueron los funcionarios quienes asumieron el control de la mano de obra, mantenida a veces en condiciones peores que la de los *chiftliks.* El propósito de la medida, una vez que los *espahíes* habían dejado de ser el núcleo fundamental del ejército, era incentivar la producción agraria y eliminar uno de los más firmes pilares del feudalismo otomano, pero el agravamiento de la situación de los campesinos en Bosnia, Macedonia y Bulgaria aumentaría el descontento de los cristianos de estas re-



El sultán Abd al-Hamid II pasa revista a una gran parada militar en Constantinopla, 7 de enero de 1877 (La Ilustración Española y Americana)

giones, predisponiéndoles a la sublevación contra la autoridad de la Sublime Puerta.

Se trataba de modernizar los instrumentos de gobierno, no de mutar las estructuras del poder político. Por ello fue una reforma *ilustrada,* amparada por un sector de la clase dirigente, y no un auténtico movimiento de democratización de la vida pública. Las reformas Tanzimat, que afectaron fundamentalmente al funcionamiento de la Administración y del Ejército, alcanzaron su punto culminante con el Decreto *Hatt-i-Hamayun,* promulgado en 1856. En él se manifestaba el propósito de crear una única nacionalidad para todos los habitantes del Imperio, se abolían las potestades civiles de las autoridades religiosas de cada comunidad, se garantizaban la igualdad ante la ley y la elegibilidad de los cargos públicos y se reformaba el sistema impositivo, eliminando las discriminaciones religiosas. La creación, en junio de 1861, del consejo de Ordenanzas Judiciales, permitió unificar los organismos de justicia que actuaban sobre las distintas comunidades, mientras que la reforma de la administración local de 1864 reforzó la centralización estatal en detrimento de la autonomía de los sanjarcados y las oligarquías regionales y permitió un acceso limitado de los cristianos a los Consejos administrativos provinciales y locales.

Tan ambiciosas reformas hallaron fuertes resistencias. Los cortesanos preteridos en beneficio de los funcionarios reformistas, los ulemas y qadíes despojados de parte de su poder, los militares recelosos de la preeminencia de los burócratas civiles, ejercían un contrapeso que, con el apoyo de una diplomacia rusa opuesta a la modernización del Imperio, terminaría revelándose eficaz. Por otra parte, las medidas igualitarias legisladas en favor de los cristianos llegaban tarde. Medio siglo antes, quizás hubieran detenido el proceso nacionalista en los Balcanes, pero ahora ni las ansias de independencia de los pueblos de la Península ni los derroteros internacionales de la *Cuestión de Oriente* iban a permitir a la Sublime Puerta recuperar la iniciativa en la región.

El despertar búlgaro

El pueblo búlgaro fue el primero que sometieron los turcos en Europa y el que más sufrió las consecuencias de la ocupación. Destruida su

nobleza, sometida su Iglesia al clero griego, reducido el campesinado a la servidumbre feudal por parte de los timariotas, los búlgaros tuvieron que realizar enormes esfuerzos para conservar sus rasgos nacionales frente a la política de aculturación practicada por la Puerta. Como hemos visto, en las décadas de finales del siglo XVIII se desarrolló un vigoroso movimiento de renovación cultural, que pronto rebasó el ámbito monástico para propagarse entre la reducida burguesía de artesanos y comerciantes.

Pero este despertar nacional tropezaba con grandes dificultades. En primer lugar, la proximidad a Estambul hacía muy difícil cualquier movimiento insurreccional. Las tentativas animadas por las guerras ruso-turcas del cambio de siglo fueron ahogadas en sangre por los *kirdjalis,* irregulares turcos que vivían del pillaje. Por otra parte, el aislamiento del país respecto de Europa occidental impidió durante mucho tiempo la difusión del pensamiento liberal, que quedó circunscrito a los círculos de emigrantes en Viena y Bucarest.

Las insurrecciones de Serbia y Grecia comenzaron a cambiar el panorama. Una corriente de solidaridad balcánica impulsó a miles de búlgaros a combatir en las filas de los patriotas. El triunfo del nacionalismo serbio y griego despertó en Bulgaria nuevos impulsos libertadores. Peter Berov y Vasil Aprilov, entre otros, animaron un movimiento pedagógico y literario, de recuperación lingüística frente a la tradicional enseñanza eclesiástica en griego. En los círculos de la emigración se crearon sociedades patrióticas y en el interior surgieron los primeros brotes conspirativos. La eliminación del *timar,* que favoreció el desarrollo de las propiedades en régimen *chiftlik* o bajo directa administración estatal, empeoró, como en el resto de la Península las condiciones de vida del campesinado y provocó entre 1835 y 1850 una serie de revueltas populares en la Bulgaria noroccidental, reprimidas por los propietarios musulmanes pese a la ayuda indirecta de Serbia.

Mayor éxito tuvieron los patriotas búlgaros en su lucha por una Iglesia nacional. Sometidos desde la conquista otomana al patriarca de Constantinopla, los cristianos de Bulgaria presionaron para recuperar el viejo Patriarcado de Tírnovo. Durante los años cincuenta, multitud de ciudades y de aldeas rechazaron la autoridad del clero griego. En la misma Estambul, las iglesias búlgaras negaban obediencia al patriarca. El cisma terminó obligando al Gobierno otomano a intervenir y en 1870 se creó un Exarcado nacional independiente, que incluía Macedonia y la mayor parte de Tracia, regiones que los búlgaros consideraban históricamente vinculadas a su nacionalidad.

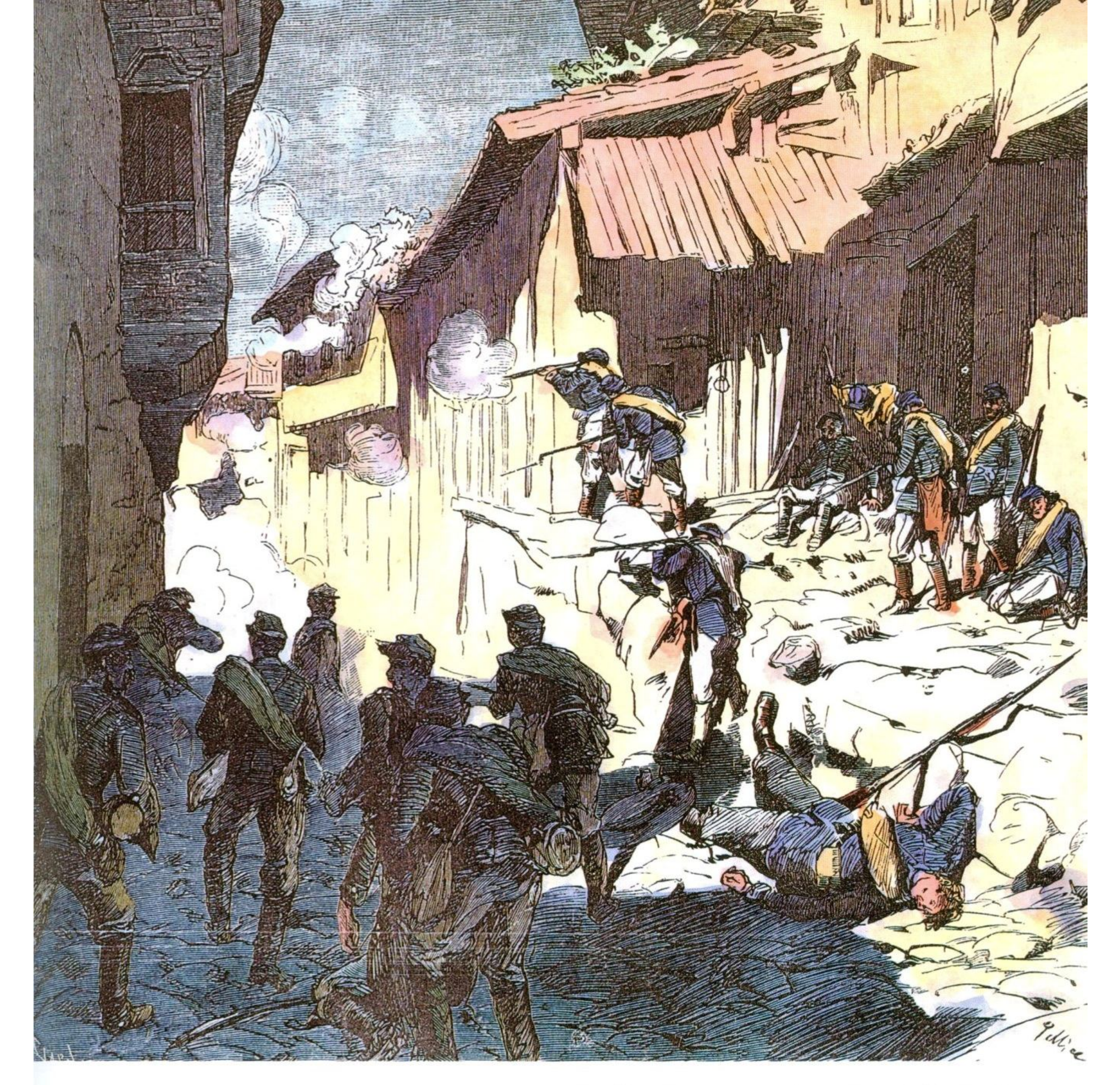
En los años sesenta retornó la lucha armada. El poeta Georgi Rakovski organizó una Legión búlgara de emigrantes y desde Bucarest alentó las incursiones de partidas de guerrilleros. Los dirigentes liberales Ljuben Karavelov y Vasil Levski continuaron su obra, creando la Organización Revolucionaria Interior y animando la insurrección popular. Ejecutado Levski por los turcos en 1873, le sustituyó al frente del Comité Central revolucionario el poeta Jristo Botev, un demócrata de ideas muy avanzadas bajo cuya dirección se dieron los últimos pasos hacia el levantamiento nacional.

La guerra de 1876-1878

A mediados de los años setenta del pasado siglo, los Balcanes eran un polvorín a punto de estallar. La *gran depresión* internacional de la década repercutió muy negativamente en las débiles economías agrarias de la región, lo que disparó las tensiones sociales. El Estado otomano atravesaba crecientes dificultades financieras y las pésimas cosechas entre 1872 y 1875 aumentaron el endeudamiento con la Banca extranjera. Pese a la continua subida de impuestos, el Gobierno tuvo que declararse insolvente mientras la corrupción, que se extendía entre los funcionarios mal pagados, hacía peligrar la obra reformista.

El panorama internacional también había variado. Rusia, aliada a Austria y Alemania, parecía haber recuperado su influencia en la Península mientras Francia, firme protectora de la integridad otomana, había pasado a un segundo plano tras su derrota frente a Prusia en 1871. Los agentes rusos fomentaban un sentimiento antiturco favorablemente acogido por los gobiernos de Belgrado, Atenas y Bucarest, convencidos de que una cruzada antiislámica reforzaría su propia posición.

En Bosnia y Herzegovina los campesinos cristianos habían intentado varias sublevaciones contra los propietarios musulmanes. En 1858 y 1862 hubo levantamientos en demanda de tierras y en 1875, tras una pésima cosecha, se produjo una rebelión general contra la recaudación de impuestos. El movimiento no tardó en extenderse a Macedonia y a Bulgaria, donde en abril de 1876 la Organización Revolucionaria puso en pie un verdadero ejército popular. En Estambul, militares nacionalistas protagonizaron un golpe de Estado que entronizó a Abdul Hamit. Se aprobó una Constitución li-



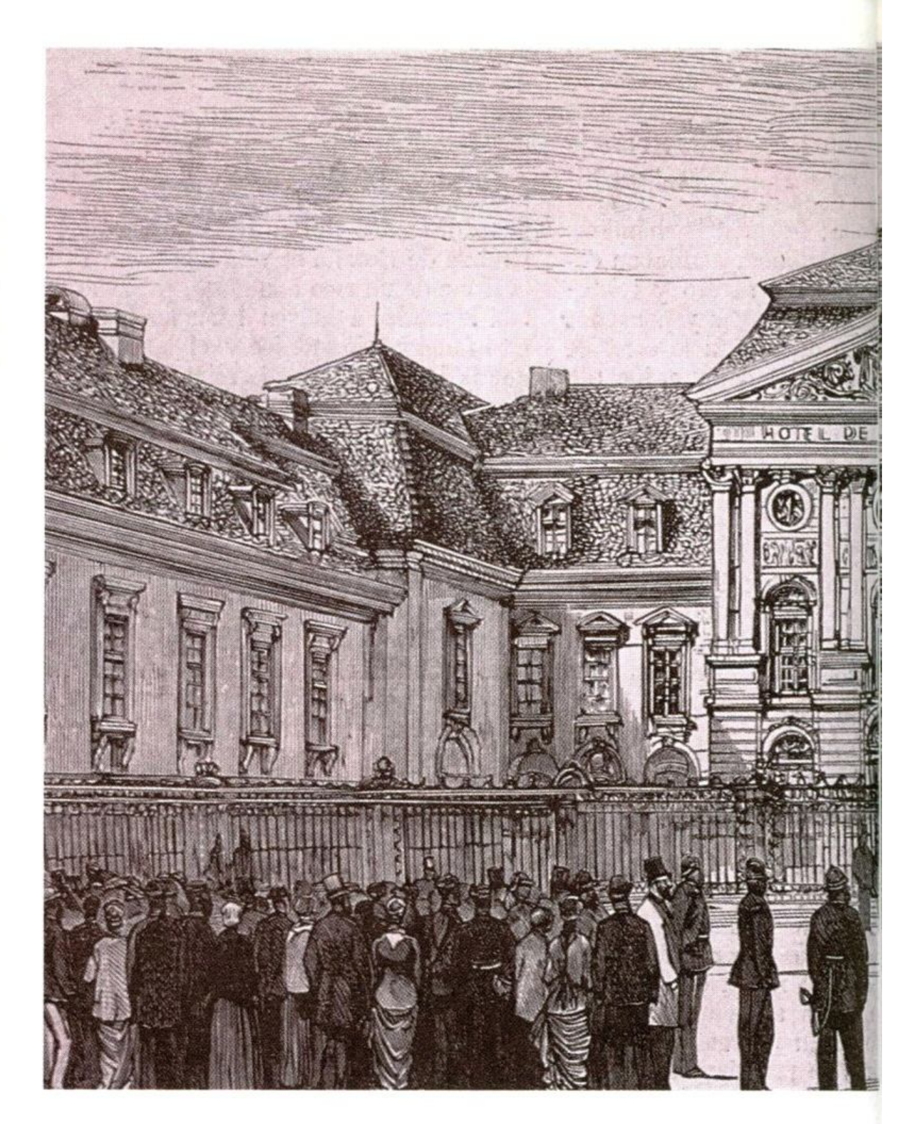
Combate entre rusos y turcos en las calles de Plevna, Bulgaria, el 31 de junio de 1877 (dibujo del natural por Pellicer, La Ilustración Española y Americana, *iluminado por E. Ortega)*

beral, que garantizaba la igualdad de todos los súbditos del sultán pero que, una vez más, llegaba tarde. El conflicto adquiría mientras tanto dimensiones internacionales con la declaración de guerra de Serbia y Montenegro. Pero las fuerzas cristianas carecían de coordinación y el Ejército turco demostró ser muy superior. Las zonas sublevadas fueron sometidas a sangre y fuego y los serbios vieron su país invadido.

Los liberales europeos, sensibilizados por las masacres causadas por las tropas turcas, se movilizaron en apoyo de la causa búlgara. Favorecida por esta corriente, Rusia se apresuró a declararse protectora de los cristianos y, tras ver rechazada por el sultán la autonomía de Bulgaria, le declaró la guerra en abril de 1877. Los otomanos hubieron de hacer frente ahora a los ejércitos de Rusia, Serbia, Rumania, Grecia y Montenegro, y a los contingentes de *komitaljis* búlgaros. Tras asediar Plevna, los rusos se presentaron ante Adrianópolis, a corta distancia de Estambul, lo que obligó a Abdul Hamit a solicitar un armisticio en enero de 1878.

El rápido triunfo ruso causó alarma en Londres y en Viena, donde se temía el control zarista de los Balcanes. La firma del tratado turco-ruso de San Stefano, el 5 de marzo, pare-

ció confirmar sus temores. Los rusos recuperaban la Besarabia meridional a cambio de la Dobrudjia, que era cedida a Rumania. Serbia y Montenegro recibían algunas compensaciones territoriales y Austria veía recompensada su neutralidad con la administracion de Bosnia-Herzegovina. Pero lo fundamental era la creación de una *Gran Bulgaria,* de extensión similar a la del Exarcado y con salida directa al Egeo, que debía convertirse en el principal aliado de Rusia en la Península.

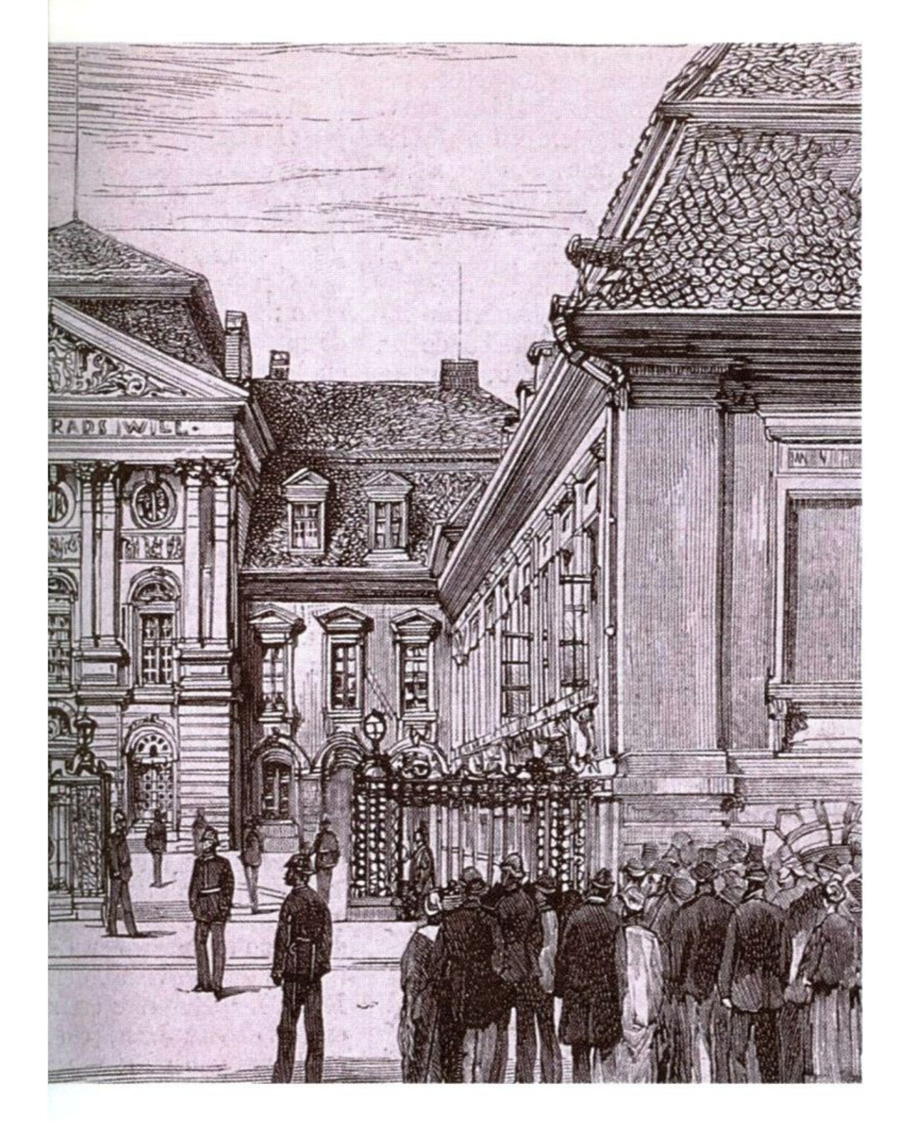


La reacción de Londres y de Viena contra el establecimiento de la hegemonía rusa en los Balcanes llevó a la anulación del Tratado y a la convocatoria de una Conferencia internacional en Berlín en junio de 1878. Tras arduas negociaciones se pudo llegar a un acuerdo que sacrificaba parte de las ventajas obtenidas por San Petersburgo. Mientras los rumanos mantenían la Drobrudja, Austria confirmaba su ocupación *provisional* de Bosnia-herzegovina, aunque respetando la soberanía otomana. En cambio, la Gran Bulgaria desaparecía. En su lugar se creaba un pequeño principado vasallo del sultán al norte de Stara Planina y, al sur de la cadena montañosa, se otorgaba cierta autonomía administrativa a Rumelia. Los griegos, que habían entrado tardíamente en la contienda, quedaron sin ganancias territoriales, aunque con el apoyo británico obtuvieron promesas para el futuro. Turquía perdía también Chipre, ocupada por los británicos, pero mantenía su control sobre Epiro, Tesalia, Macedonia y Tracia.

Los Estados nacionales

Tras el Tratado de Berlín, seis Estados se repartían la Península. Entre 1878 y 1914, todos ellos intentaron adecuar sus estructuras políticas y económicas a los modelos occidentales, pero con resultados dispares. El constitucionalismo liberal experimentó un avance generalizado, aunque la mayoría se encontraba aún muy lejos de adoptar sistemas democráticos y en varios de ellos la liberalización política encontró fuertes obstáculos en la resistencia de las oligarquías tradicionales. El nacionalismo, utilizado a menudo por los gobernantes como vía de escape a las tensiones internas, se convirtió en un peligroso instrumento de enfrentamiento entre países hasta degenerar en belicosas corrientes xenófobas que depararon una larga y sangrienta guerra, prácticamente ininterrumpida entre 1912 y 1918.

Los Balcanes continuaron siendo una de las zonas más atrasadas de Europa. Pese a la baja densidad de población —excepto en Valaquia, norte de Serbia y algunas zonas de Bulgaria y Grecia— los bajos rendimientos agrícolas impedían hacer frente al crecimiento demográfico y ello ocasionó una fuerte corriente migratoria, básicamente hacia América. El desarrollo industrial, condicionado a un auténtico colonialismo del capital europeo, se mantenía en niveles muy bajos, limitado a sectores extractivos —carbón serbio, petróleo rumano— o a manufacturas casi artesanales, como el textil búlgaro. En algunos países, la población rural suponía más del 90 por 100 del total y en 1870 sólo seis ciudades superaban los 50.000 habitantes. Hasta finales del siglo XIX no se concluyó, con capital centroeuropeo, el ferrocarril Viena-Estambul, prácticamente la única vía de comunicación terrestre capaz de desarrollar el comercio en la región.



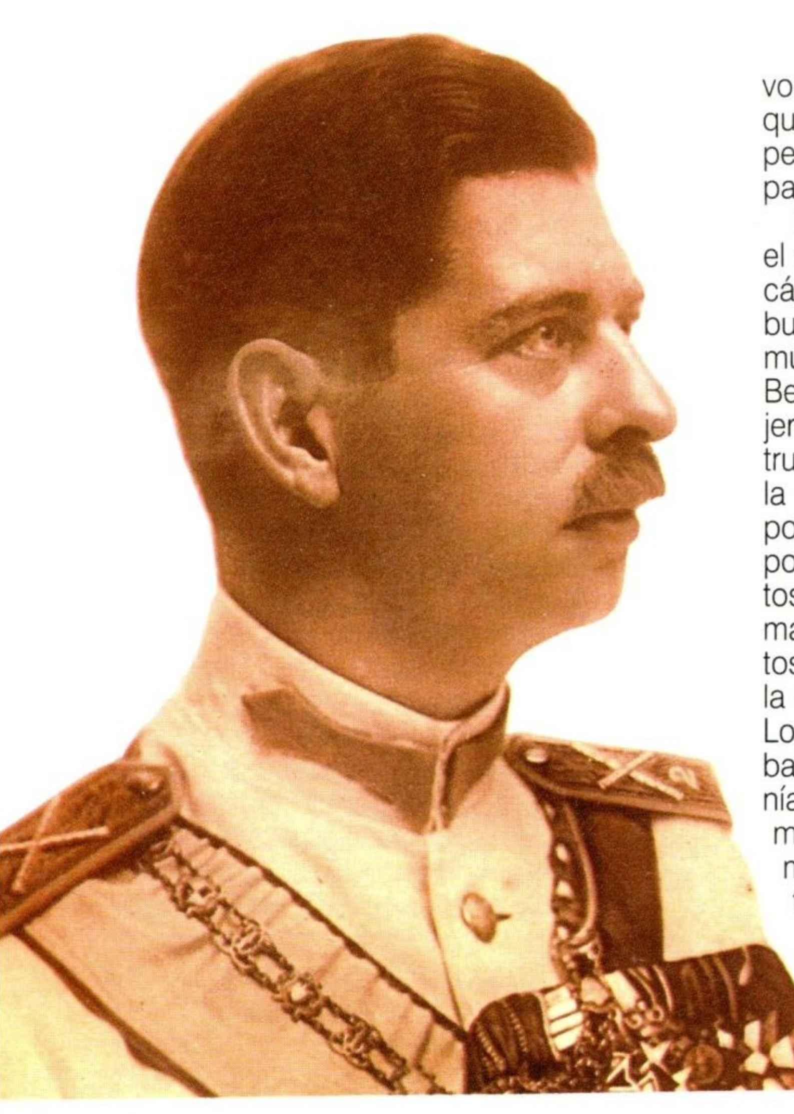
Palacio de Radziwill, residencia de Bismarck, donde se reunió el Congreso de Berlín de 1878 (La Ilustración Española y Americana)

Serbia es un modelo de hasta qué punto las expectativas de expansión territorial y la cuestión de las nacionalidades condicionaban el desarrollo interno. El Compromiso de 1867, que establecía la Monarquía Dual en Austria-Hungría, había acabado con la autonomía de los serbios de Vojvodina en beneficio de sus dominadores magiares. Al sur del Danubio, el pacto fue considerado como una traición de los Habsburgo y fortaleció la austrofobia de la población. La paz de Berlín produjo una honda decepción: la intervención de Austria no sólo privó a Belgrado de la anhelada salida al mar, sino también de Bosnia y la región macedonia de Skopje, que los serbios consideraban sus áreas naturales de expansión. La obtención de la independencia total respecto de Turquía no compensaba el fracaso y los liberales rusófilos encontraron un motivo más para combatir a Viena.

Milan I asumió el título de rey en 1882, pero su despotismo y una vida privada conflictiva le alejaban cada vez más de sus súbditos. Apoyado por los conservadores, en 1880 suscribió un tratado que colocaba el comercio exterior serbio en manos de los austríacos —que compraban el 80 por 100 de su producción— y dos años después se comprometió en secreto a no firmar ningún compromiso internacional sin la aprobación de Austria a cambio del apoyo de esta a las reivindicaciones macedónicas de su país. Confiado en esta alianza, en 1885 declaró sin motivo la guerra a Bulgaria, pero los serbios cosecharon una derrota militar y sólo la intervención de la diplomacia austríaca les permitió salir indemnes de la aventura. Consciente de su impopularidad, Milan cedió a las presiones del joven partido radical, constituido a comienzos de la década con apoyo del pequeño campesinado, y aceptó en 1889 una Constitución más democrática, pero pocos meses después abdicó en su hijo Alejandro, todavía un niño.

Con Alejandro I (1889-1903), Serbia cayó en el caos político. Opuesto a los radicales, se autoproclamó mayor de edad en 1893, encarceló a los regentes y suspendió la Constitución. En adelante gobernó dictatorialmente, bajo la influencia de su padre y de los liberales, pero dio tales pruebas de incapacidad que el viejo Milan tuvo que retornar al país y asumir el mando de las inquietas Fuerzas Armadas. En 1900, Alejandro contrajo matrimonio con su amante, Draga Masin, y ello le llevó a romper con Milan y a promulgar una nueva Constitución, que reforzó el régimen autoritario. Finalmente, en junio de 1903, la pareja real fue asesinada en sus aposentos por un grupo de conspiradores militares.

La *Skupstina* ofreció entonces el trono al exiliado Pedro Karagjorgjevic. Con el cambio de dinastía, retornó la Constitución de 1889 y Serbia entró en un proceso de normalización institucional y de progreso económico. No obstante, la fragmentación de los partidos y, sobre todo, la división entre los *jóvenes radicales* de Stojanovic y los *viejos radicales* del líder de los pequeños campesinos. Pasic, impedía la estabilidad política. Pese a su rusofilia, Pasic, jefe del Gobierno desde 1906, intentaba apaciguar a Austria-Hungría, inquieta por la difusión de



los ideales granserbios entre sus súbditos meridionales. Pero un conflicto aduanero entre ambos Estados —la *guerra de los cerdos*— y, sobre todo, la crisis desatada por la anexión austríaca de Bosnia en 1908, hicieron imposible el entendimiento e incrementaron en Serbia la corriente de opinión favorable a una acción armada que facilitara la unidad de los pueblos sudeslavos.

También Rumanía había salido parcialmente decepcionada de los tratados de 1878. Pese a su proclamación de independencia, reforzada por el establecimiento de un reino en 1881, y a la incorporación de Dobrudja, la cesión a Rusia de la Besarabia meridional fue recibida como una humillación y acentuó los sentimientos rusófobos de los rumanos. Las potencias reunidas en Berlín también impusieron la reforma del artículo de la Constitución de 1866 que negaba derechos políticos a los judíos. Estos constituían una minoría urbana culta y muy rica, en cuyas manos estaban los sectores más modernos y pujantes de la economía. La imposición franco-británica de la igualdad de derechos como condición indispensable para el reconocimiento de la independencia rumana, favoreció el desarrollo de corrientes antisemitas, que iban a constituir uno de los factores más perturbadores de la historia contemporánea del país.

Entre 1878 y 1914, Rumania se convirtió en el más occidentalizado y rico de los países balcánicos, fundamentalmente por obra de una burguesía estrechamente relacionada con el mundo de la cultura y los negocios de París, Berlín y Viena. La afluencia de capitales extranjeros, sobre todo alemanes, permitió la construcción de una red ferroviaria y el desarrollo de la industria transformadora vinculada a la exportación, en la que cobró crecientemente importancia la explotación de los ricos yacimientos petrolíferos. El crecimiento industrial se mantuvo, sin embargo, en unos límites modestos —en 1901 sólo había 37.000 obreros— y la economía rural seguía siendo muy atrasada. Los grandes propietarios absentistas no estaban interesados en la mecanización y mantenían a sus arrendatarios en una pobreza extrema. Los efectos de la reforma agraria habían multiplicado el número de campesinos sin tierra, mano de obra asalariada que sufría una auténtica explotación laboral. En febrero de 1907, las tensiones agrarias degeneraron en motines que se extendieron por todo el país. El Gobierno liberal de Dimitrie Sturza encargó al ministro de la Guerra, general Averescu, una dura represión, que ocasionó casi 12.000 muertos. En abril de 1908, el Parlamento aprobó una ley para facilitar el acceso de los pequeños campesinos a la propiedad, pero el extraordinario crecimiento demográfico del agro rumano hizo pronto la medida insuficiente.

A diferencia de sus vecinos, el sistema político rumano conoció una evolución pacífica en este período, pese a la multiplicación de los partidos y al hecho de que el sistema electoral censitario primase descaradamente el voto de los más acaudalados. Liberales y conservadores se dividieron en numerosos grupos dotados de una fuerte componente personalista. En 1874 jóvenes conservadores como Th. Rosetti y P. Carp, crearon la sociedad *Junimea Literaria,* luego Partido Jumineista, y en 1908 nacieron los conservadores-demócratas. Los liberales de Bratianu y Sturdza sufrieron también numerosas escisiones y el panorama político se complicó con la aparición del Partido Nacional-Demócrata, nacionalista y antisemita, dirigido por el historiador Nicolae lorga, y del partido Socialdemócrata, creado en 1893. La política exterior condicionaba la actuación de los partidos. Los conservadores, germanófilos, adhi-



Carol de Rumania, izquierda, y Fernando I de Bulgaria, derecha (postales de comienzos de siglo)

rieron al país a la Triple Alianza mientras que los liberales, francófilos, utilizaban la cuestión de Transilvania, donde el vigoroso nacionalismo rumano era combatido por las autoridades húngaras, para defender un acercamiento a las potencias occidentales.

En Bulgaria, la creación del principado autónomo permitió a los liberales imponer la Constitución de Tirnovo, muy democrática, y realizar una reforma agraria radical a costa de los propietarios musulmanes. El Parlamento (Sobranjié) eligió como monarca al candidato del zar, Alejandro de Battemberg, y en junio de 1879 concluyó la administración militar rusa. Alejadro, un oficial prusiano, era contrario al régimen democrático y en 1881, con el apoyo de los conservadores, suspendió la Constitución. Convertido en autócrata, reafirmó la soberanía búlgara frente a las ingerencias rusas y en septiembre de 1885 anexionó por la fuerza la Rumelia otomana, donde la autonomía administrativa no había restado fuerza a los sentimientos nacionalistas. Pero el príncipe se había granjeado la animadversión de los rusófilos y en agosto de 1886 fue depuesto por un golpe militar.

La *Sobranjié* ofreció entonces el trono a otro alemán, Fernando de Sajonia-Coburgo. Durante los primeros años de su reinado, Bulgaria vivió la dictadura del nacional-liberal Stefan Stambolov, que actuó con dureza contra los conservadores rusófilos y orientó la política exterior del país hacia Alemania y Austria. Asesinado Stambolov en 1895, Fernando retornó a la política prorrusa y asumió el gobierno personalmente, apoyándose alternativamente en el partido populista y en los nacional-liberales. En 1908, Bulgaria proclamó su completa independencia de Turquía y su soberano asumió el título de zar. Lentamente, el país retornó a los cauces democráticos. Una reforma constitucional posibilitó un mayor protagonismo de partidos de izquierda surgidos en los últimos años del siglo, como los demócratas, la Unión Agraria y el Partido Social Demócrata, fundado por Dimiter Blagoev y pronto escindido en un ala derecha —socialistas *amplios*— y otra izquierda mayoritaria, la de los *estrechos*.

Bulgaria era fundamentalmente un país de pequeños propietarios agrícolas, en el que un 85 por 100 de las fincas no superaba las 30 ha. La industria se mantenía en un nivel artesanal, con una mínima proporción de trabajadores asalariados. No obstante, los esfuerzos realizados durante el gobierno de Stambolov por atraer capitales alemanes y fortalecer la producción nacional con una política de altas tarifas aduaneras se tradujeron en una cierta prosperidad económica en los primeros años del siglo.

Grecia continuó en este período bajo una profunda agitación nacionalista, que restaba estabilidad a la vida política e impedía acometer las profundas reformas económicas y sociales que el país necesitaba desde hacía más de medio siglo. En 1881, una Convención de grandes potencias entregó a los griegos, conforme a lo prometido en Berlín, la mayor parte de Tesalia y el distrito de Arta, pero el Epiro meridional, que Atenas reclamaba como suelo nacional, permaneció en poder de los turcos. Bajo el gobierno del liberal Trikoupis, Grecia conoció un período de calma que permitió abordar un programa de reformas, pero la llegada al Poder del líder nacionalista Delyannis supuso el relanzamiento de la costosa política

panhelénica. Cuando estalló una nueva sublevación antiturca en Creta, en 1896, Delyannis desoyó las advertencias de las potencias, envió tropas a la isla y alentó la actividad de las partidas de guerrilleros en la Macedonia meridional. Pero la intervención de las grandes potencias frustró, una vez más, el sueño de los nacionalistas. La tensión se desplazó entonces a la frontera de Tesalia, donde griegos y turcos entraron en guerra en abril en 1897. Un mes después, los otomanos habían ocupado casi toda la región, pero la intervención de las potencias logró que en la Paz de Estambul los griegos perdieran escasos territorios mientras Creta obtenía una amplia autonomía con un gobierno presidido por el príncipe Jorge de Grecia.

La revolución de los Jóvenes Turcos en 1908 animó a los nacionalistas griegos a levantarse en Epiro y Macedonia, mientras los cretenses pedían la unión *(enosis)* con Grecia. La amenaza de guerra del Gobierno turco persuadió al griego de dar aquel paso, pero ello provocó la reacción de la ultranacionalista Liga Militar, que dio un golpe de Estado en agosto de 1909 y llamó al Poder a Eleuterios Venizelos, un político cretense partidario de la unión. Venizelos no sólo puso fin a la dictadura de los militares, sino que logró la disolución de la Liga. Amparado por una aplastante mayoría parlamentaria, preparó la Constitución democrática de 1911, llamó a técnicos extranjeros para iniciar una reforma administrativa y financiera y puso en marcha un programa de renovación destinado a acabar con el caciquismo y la corrupción que imperaban en la vida política.

La revolución turca

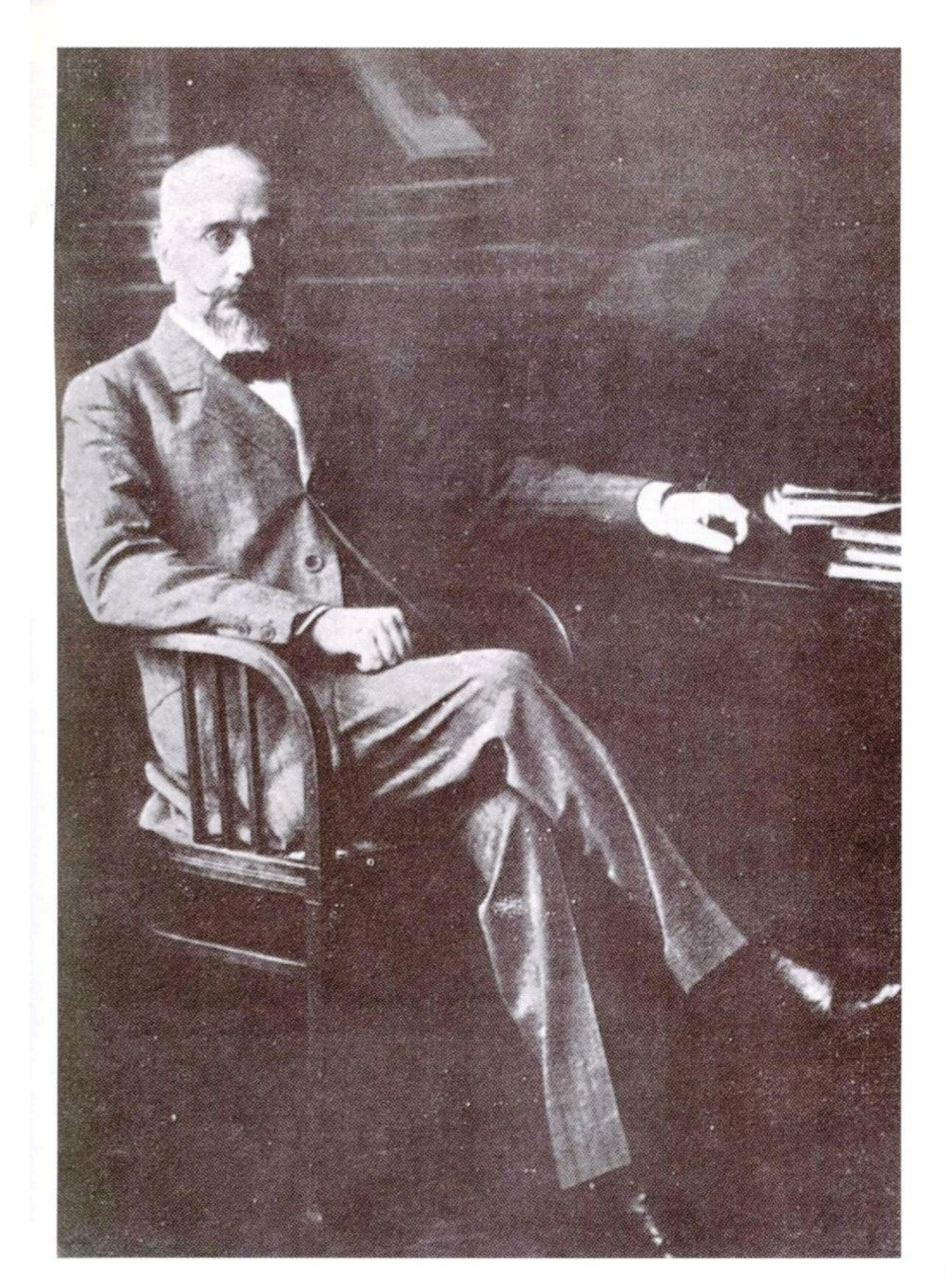
Humillada y menguada, Turquía quedó convertida en una potencia de segundo orden. La quiebra económica del Estado, obligado a fuertes gastos militares, se acentuó hasta el punto de que en 1881 la deuda exterior pasó a ser administrada por sus propios acreedores. No obstante, el período 1878-1908 aportó una evidente modernización del Imperio, que recibió una importante inyección de capitales extranjeros. Pero el régimen personal de Abdul Hamit, que en 1878 anuló la Constitución, y sus claudicaciones ante las grandes potencias alentaron un movimiento de protesta que fue ganando fuerza. Pese a la represión policial, aparecieron algunos núcleos de oposición interior, mientras en los estudiantes turcos residentes en el extranjero crecía la conciencia revolucionaria. Pero estos grupos estaban demasiado divididos para resultar operativos. No serían los intelectuales, sino los militares, quienes dieran el impulso definitivo a la revolución.

Muchos oficiales combinaban la admiración por las potencias europeas con un extremado nacionalismo. En 1891, en el ejército de Macedonia surgió el *Comité Unión y Progreso*. En 1905 otro militar, Mustafá Kemal, fundó en Damasco la sociedad secreta *Patria y Libertad*. Poco después, ambos grupos entraban en contacto y en 1907 se fundieron con la oposición exterior en el partido de los Jóvenes Turcos.

En julio de 1908 las tropas de Macedonia se levantaron en favor de la Constitución de 1876. El sultán cedió a las presiones de los rebeldes y la restableció. En las elecciones celebradas a finales de año, los Jóvenes Turcos coparon prácticamente los puestos de la Asamblea. Pero la revolución no estaba consolidada. Al impacto de la anexión de Bosnia por Austria se unía el rechazo de los conservadores a la Constitución y la negativa de grandes sectores de la población cristiana a aceptar el proyecto de unidad nacional de los nuevos gobernantes. Apoyándose en tropas leales, el sultán dio un contragolpe en abril de 1909 y se hizo con el control de la capital. Pero poco después el ejército de Macedonia entraba en Estambul y sustituía a Abdul Hamit por su hermano, Mehemet V.

No tendrían, sin embargo, los liberales la paz que precisaban para imponer sus drásticas reformas. La revolución joventurca había desatado ansias de independencia en las restantes comunidades del Imperio. En 1910, en Macedonia y Albania estallaron revueltas populares alentadas por los países vecinos. Un año después, los italianos, que buscaban un Imperio en las escasas proporciones de Africa aún libres de europeos, declararon la guerra a Turquía. El ejército otomano, enfrentado a varios conflictos simultáneos —los árabes también se habían sublevado— fue derrotado. El precio de la paz fue Libia y las islas egeas del Dodecaneso, entregadas a los italianos.

La reacción de las élites turcas fue, nuevamente, el recurso al nacionalismo. A partir de 1910, el ala más autoritaria de los Jóvenes Turcos, integrada básicamente por militares, consolidó su control sobre el Estado. Los gobernantes abandonaron paulatinamente sus proyectos de integración de las comunidades del Imperio para adoptar un nacionalismo específicamente turco y musulmán, defensor del ideal panturanio, y cuyo más destacado represen-



Venizelos, uno de los más influyentes políticos griegos de comienzos de siglo (La Esfera, *1915)*

cada Estado interpretaba el reparto según sus intereses y los del bloque de potencias junto al que se alineaba Macedonia, y en menor medida Tracia y Albania, era un mosaico de pueblos y de religiones que hacían virtualmente imposible un acuerdo.

A partir de 1906, Austria-Hungría, inició una agresiva política balcánica. Por un lado se trataba de aislar a la pequeña Serbia, cuya rusofilia podía resultar contagiosa para los eslavos del sur del Imperio. Por otro, de buscar una salida al Egeo, para lo que era preciso tender un ferrocarril hasta Salónica. Al estallar la revolución joventurca, el Gobierno vienés se creyó en condiciones de sacar ventajas. De acuerdo con su aliado alemán, y con un permiso verbal del ministro de Exteriores ruso, Isvolsky, el emperador Francisco José decretó la anexión a su Imperio de Bosnia-Herzegovina el 5 de octubre de 1908, al tiempo que Bulgaria declaraba su independencia. Serbia protestó enérgicamente y el Gobierno ruso, consciente de su patinazo, amenazó a los austríacos con la guerra. Asustados, alemanes, británicos y franceses presionaron a sus respectivos aliados para que no iniciaran las hostilidades, mientras Viena obtenía el reconocimiento turco de la cesión y amenazaba a Serbia con invadirla si no cesaba en su política de agitación. Finalmente, los rusos se plegaron al hecho consumado. Su prestigio disminuyó algo en los Balcanes, pero en Serbia y Montenegro el odio a Austria adquirió proporciones alarmantes.

La agitación se trasladó poco después a Macedonia. Allí la tradición de resistencia antiturca era muy fuerte y la independencia de Bulgaria —país con el que se identificaba gran parte de la población— animó la creación en 1893 de la

tante era el ministro de la Guerra y hombre fuerte del régimen, Enver Bajá. La presión turquizadora se acentuó sobre las minorías cristianas, provocando fuertes resistencias y la protesta de sus vecinos. Cerrada la vía del constitucionalismo liberal, la política de fuerza de los Jóvenes Turcos conducía inevitablemente a la guerra.

Las guerras balcánicas

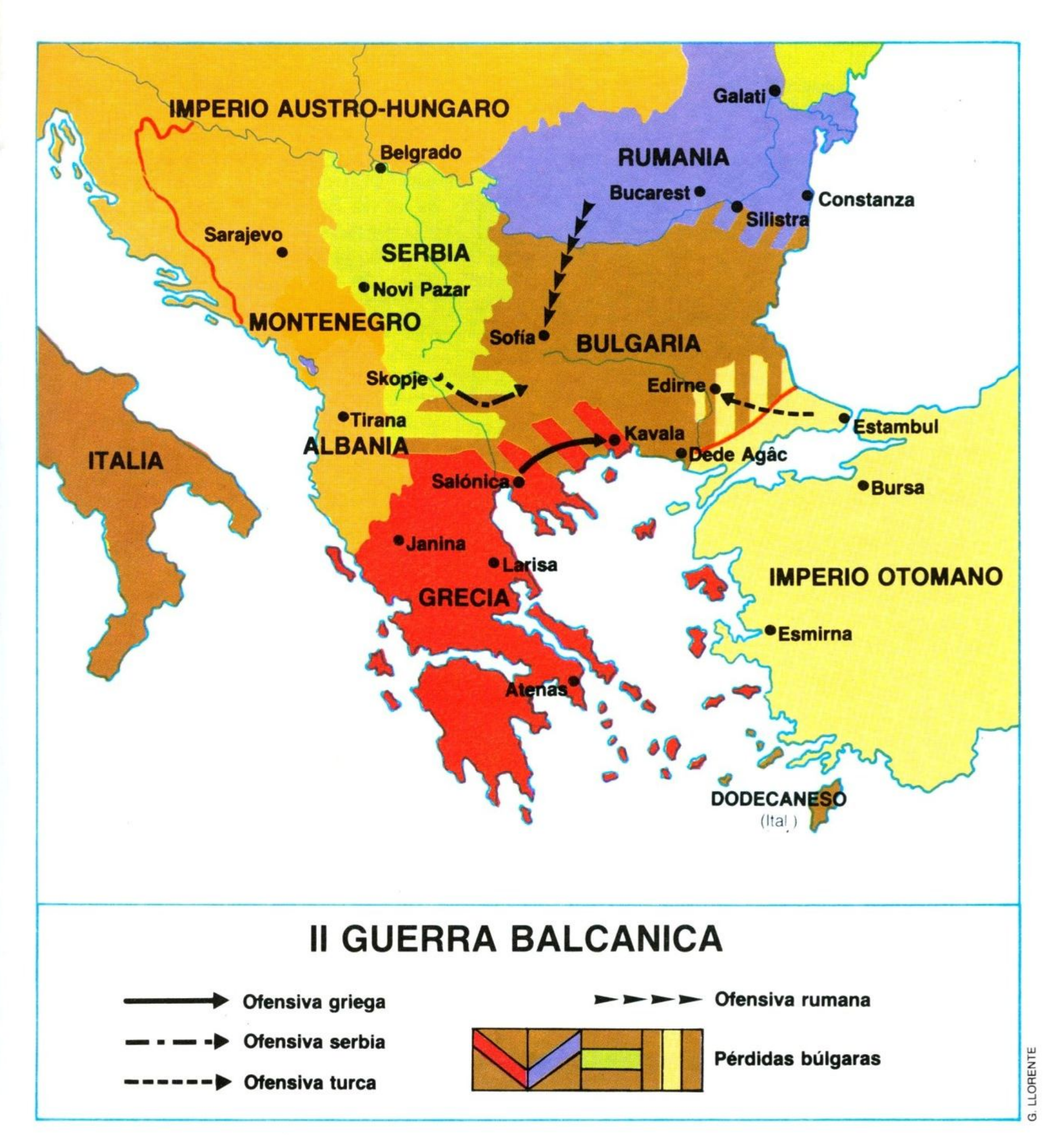
A comienzos de siglo, los pueblos balcánicos poseían una conciencia muy viva de que el Imperio Otomano era una fruta madura cuya caída sólo obstaculizaban las grandes potencias. Todos aspiraban a expandirse por la estrecha franja que constituía las posesiones turcas en Europa. El problema estribaba en que



Organización Revolucionaria interna de Macedonia, apoyada por el Gobierno de Sofia. Grupos de guerrilleros *Komitaljis* se infiltraban en la región desde los países vecinos. La ORIM organizó guerrillas y extendió el terror entre la población musulmana, provocando crueles represarias del Ejército turco. A partir de 1910, la violenta política de turquización enconó más el problema, complicado por la sublevación de los montañeses de la vecina Albania.

Los sucesos de Macedonia acabaron decidiendo a los Estados cristianos a unir sus fuerzas. En marzo de 1912, serbios y búlgaros firmaron un tratado para repartirse la región, pero dejando la zona central, disputada por ambos países, sin atribuir. En mayo, Bulgaria firmó alianzas militares con Serbia y Grecia, y en septiembre Montenegro se adhirió a la Alianza Balcánica. Mientras, las grandes potencias discutían sin ponerse de acuerdo el futuro de Albania y Macedonia.

El 2 de octubre de 1912, Montenegro declaró la guerra a Turquía y días después sus aliados presentaron un ultimátum que fue respondido con una declaración de guerra por Estambul. El conflicto fue breve. El potente Ejército



búlgaro llevó el peso de las operaciones, derrotando a los turcos en Lule Burgas y ocupando Tracia antes de ser detenido a sólo 50 kms. de la capital del Imperio. Griegos y serbios conquistaron grandes porciones de Macedonia y Epiro y los montenegrinos tomaron Scutari tras un duro asedio. El Gobierno turco tuvo que pedir la paz. Por el Tratado de Londres (30 de mayo de 1913), Turquía abandonó a los aliados los territorios situados al oeste de la línea Enos-Midia, las islas del Egeo y Creta. Albania, codiciada por todos sus vecinos, se convertía en un Estado independiente.

El reparto hacía de Bulgaria la mayor potencia balcánica, pero no tardaron en surgir roces con sus aliados por las zonas en litigio de Tracia y Macedonia. El Gobierno de Sofia decidió adelantarse a un posible ataque y el 23 de junio, sin declaración de guerra, el zar Fernando ordenó a sus tropas avanzar contra sus antiguos aliados. Esta segunda guerra balcánica concitó contra los búlgaros una formidable alianza: Serbia, Montenegro, Grecia, Turquía y Rumania. Tras veinte días de reveses, Sofia tuvo que solicitar el armisticio. Por el tratado de Bucarest (10 de agosto de 1913) Bulgaria re-

nunció a sus conquistas macedónicas en beneficio de Serbia y Grecia, cedió Tracia occidental a los griegos, devolvió parte de la oriental a Turquía y aún tuvo que entregar la Dobrudja meridional a los rumanos.

La Gran Guerra

La paz duró menos de un año. El 28 de junio de 1914, el heredero del trono austríaco, archiduque Francisco Fernando y su esposa fueron asesinados en la ciudad bosnia de Sarajevo por el estudiante Gavrilo Princip. Se ha especulado con el hecho de que el archiduque fuera partidario de separar de la tutela húngara a los territorios eslavos del sur del Imperio, convirtiéndolos en una tercera Corona habsbúrgica, en igualdad de condiciones con Transleithania y Cisleithania. Ello habría alarmado a los paneslavistas, partidarios de una unión sudeslava bajo la dinastía serbia, y una de sus organizaciones clandestinas, *La Mano Negra,* habría impulsado el magnicidio. No parece posible la culpabilidad de Belgrado en el crimen, pero el Gobierno vienés lo aprovechó para plantear un ultimátum, cuya aceptación hubiera dejado a Serbia prácticamente inerme ante su poderoso vecino.

Esta vez, Rusia no estaba dispuesta a ceder posiciones en los Balcanes y respaldó a los serbios, que rechazaron las exigencias de Austria. La ruptura de hostilidades entre Viena y Belgrado, el 28 de julio, motivó la intervención rusa y tras ella entró en juego una cadena de alianzas militares y pactos secretos. En pocas semanas, dos bloques de potencias europeas se combatían a lo largo del Continente y en sus colonias. En teoría, Serbia estaba condenada a la derrota, pero cuando, el 12 de agosto, el Ejército austríaco cruzó la frontera, tropezó con una resistencia superior a lo esperado y, a mediados de diciembre, los invasores habían sido completamente rechazados.

La Guerra Mundial reavivó la cuestión balcánica y animó a la acción a los países que se consideraban perjudicados por los últimos reajustes fronterizos. A finales de 1914, el germanófilo Enver Bajá hizo entrar en guerra a Turquía al lado de las Potencias Centrales. En Bulgaria, rusófilos y germanófilos libraron una larga batalla política, alimentada por las promesas de los contendientes, pero el rencor contra Serbia y los sentimientos proaustríacos del zar Fernando acabaron imponiéndose y el 14 de octubre de 1915 el Gobierno declaró la guerra a los serbios. Atacado en dos frentes, el Ejército serbio no pudo resistir y se replegó hasta Corfú. Serbia y su aliada Montenegro fueron sometidas a una dura ocupación militar.

Poco a poco, la guerra fue afectando a todos los países balcánicos. En Rumania, el Gobierno liberal de Bratianu se inclinaba por la alianza con la Entente y, tras obtener la promesa de cesión de amplios territorios austro-húngaros, el 27 de agosto de 1916 declaró la guerra a los austríacos. Pero la ofensiva rumana fue contenida en los Cárpatos y en el invierno, ejércitos alemanes, austríacos y búlgaros ocuparon Valaquia y una amplia porción de Moldavia.

La guerra estaba perdida para la Entente en los Balcanes, pero Londres y París habían comenzado a jugar la carta griega. Grecia había salido sumamente fortalecida de las guerras balcánicas, pero el asesinato del rey Jorge en Salónica, en marzo de 1913, provocó un creciente alejamiento entre su heredero, Constantino I, que era cuñado de Káiser, y un Venizelos de abiertas simpatías probritánicas. Pese a la vigencia de la alianza con Serbia, el Gobierno mantuvo una estricta neutralidad hasta que, en septiembre de 1915, aprobó el desembarco de un cuerpo expedicionario francés en Salónica, dispuesto a operar en los Balcanes. El rey Constantino, depuso entonces a Venizelos y disolvió el Parlamento. El nuevo Gobierno mantuvo una *neutralidad benévola* respecto a las Potencias Centrales, lo que animó al cretense a formar en Salónica un Gobierno republicano favorable a los aliados, que en diciembre de 1916 ocuparon el sur de Macedonia y desembarcaron en El Pireo. El Gobierno real respondió obstaculizando la labor de las tropas ocupantes, pero en junio de 1917 un ultimátum franco-británico obligó a abdicar a Constantino en su hijo Alejandro, que llamó a Venizelos al poder. Grecia declaró entonces la guerra a las Potencias Centrales y puso su ejército a disposición del Alto Mando aliado.

Durante muchos meses, el frente de Macedonia-Tracia permaneció estabilizado. Por fin, en septiembre de 1918 los aliados desencadenaron una formidable ofensiva que hizo saltar las posiciones guarnecidas por los búlgaros. Agotadas tras siete años de guerra, las tropas búlgaras se amotinaron y, tras proclamar la *República de Radomir* bajo dirección de los dirigentes agrarios Daskalov y Stamboliiski marcharon sobre Sofia, pero fueron contenidas por fuerzas alemanas. El zar Fernando abdicó en su hijo Boris quien, en un intento de salvar la monarquía, pidió el armistico el día 29. El frente balcánico se derrumbaba. Los serbios recu-

peraron Belgrado. El 29 de octubre, la Dieta croata proclamó la separación de Hungría y poco después, sendas revoluciones en Viena y Budapest obligaban a abdicar al emperador Carlos, llegado al trono en 1916. El día 30, el Gobierno otomano suscribió el armisticio de Mudros. Con el final de la guerra, una nueva era se abría en los Balcanes.

Bibliografía

La bibliografía sobre historia balcánica es muy abundante, pero apenas hay traducciones al castellano. Excluyendo las obras en lenguas vernáculas, ruso y alemán, un repertorio básico puede ser el siguiente. **Obras generales:** Anderson, M.A., *The eastern Question, 1774-1923,* New York, MacMillan, 1966. Bernand, I.T. y Ranki G., *Economic Development in East Central Europe in the 19 th and 20 th Centuries.* Columbia Univ. Press, 1974. Okey, R, *Eastern Europe, 1740-1980. Feudalism to Communism,* London, Hutchinson, 1982. Pearson, R. *National Minorities in Eastern Europe, 1848-1945.* London, MacMillan, 1983. Jelavich, B, *History of the Balkans.* Cambridge Univ. Press, 1983, 2 vols. Lampe, J.R. y M.R. Jackson, *Balkan Economic History, 1550-1950,* Bloomington, Indiana Univ. Press, 1982. Ristelhueber, R., *Historia de los pueblos balcánicos.* Madrid, Castilla, 1962. Stoianovich, T., *A Study in Balkan Civilization,* New York, Knopf, 1967. Voltes Bou, P., *Historia de los Balcanes: Yugoslavia, Bulgaria, Rumania y Albania.* Barcelona, Salvat, 1957. **Historias nacionales:** Castellan, G., *Histoire de la Roumanie,* Paris, PUF, 1984. Clogg, R., *A Short History of Modern Greece.* Cambridge Univ. Press, 1979. Constantinescu, M.; Daicovictu, C. y Pascu, St. *Histoire de la Roumanie.* Roanne, Horvath, 1970. Cook M.A. (ed) *A History of the Ottoman Empire to 1730.* Cambridge Univ. Press, 1976. Darby H.C., R.W. Seton-Watson, P. Auty, R.G.D. Laffan y S. Clissold, *Breve historia de Yugoslavia,* Madrid, Espasa-Calpe, 1972. Dedijer. Vladimir, Iván Bozic, Sima Circovic, y Milorad Ekmecic, *History of Yugoslavia.* New York, McGraw-Hill, 1974. Fol. A y otros. *Historia de Bulgaria,* México, UNAM, 1979. Heurtley, W.A., H.C. Darby, C.W. Crawley y C. m. Woodhouse, *Breve historia de Grecia.* Madrid, Espasa-Calpe, 1969. Macdermott, M. *A. History of Bulgaria, 1393-1885.* London, Allen & Unwin, 1962. Pollo, S. y Puto A. (dirs), *Histoire de l'Albanie. Des origines à nos jours.* Roanne, Horvath, 1974. Shaw, S. J. y Shaw, E.K., *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey,* Cambridge Univ. Press, 1977. Singleton, F.B. *A Short History of the Yugoslav People.* Cambridge Univ. Press, 1985. Svoronos, N.G. *Histoire de la Grèce moderne.* Paris, PUF, 1980. Temperley, H.W.V.,*History of Serbia,* New York, Ferting, 1969. Vacalopoucos, A., *Histoire de la Grèce moderne,* Roanne, Horvath, 1975. Woodhouse, C.M. *The Story of Modern Greece,* London, Faber & Faber, 1968. **Monografías sobre los Balcanes en el siglo XVIII:** Georgescu, V., *Political Ideas and the Enlightenment in the Romanian Principalities,* Boulder, East European Quarterly, 1971. McGowan, B., *Economic Life in Ottoman Europe. Taxition, Trade and the Struggle for the Land, 1600-1800.* Cambridge Univ. Press 1982. Rodeir, K.A., *The reluctant Ally: Austria's Policy in the Austro-Turkish War, 1737-1739.* Louisiana State Univ. Press, 1972. Runciman, S., *The Great Church in Captivity. A Study of the Patriarchate of Constantinople from the Eve of Turkish Conquest to the Greek War of Independence.* Cambridge Univ. Press, 1968. Sorel, A., *The Eastern Question in the Eighteenh Century,* New York, Fertig, 1969. **Y sobre todo el período 1812-1918:** Bobango, G., *The Emergence of the Romanian National State,* Boulder, East European Quarterly, 1979. Castellan, G., *Lavie quotidienne en Serbie au seuil de l'Independance,* Paris, Hachatte, 1967. Clogg, R. *Balkan Society in the Age of Greek Inependence,* London, MacMillan, 1981 Dakin, D., *The Greek Struggle for Independence, 1821-1833;* London, Bastford, 1973. Davison, R.H., *Reform in the Ottoman Empire, 1856-76,* Princeton Univ. Press, 1963. Despalatovic, E.M., *Ljudevit Gaj and the Illyrian Movement.* Boulder, East European Quarterly, 1975. Djordjevic, D. (ed), *The Creation of Yugoslavia, 1914-1918,* Santa Barbara, Clio Books, 1980. Goiresci. C., *La formación del Estado Nacional Unitario Rumano,* Madrid, Ayuso, 1978. Jelavich, B., *Russia and the formation of the Romanian National State 1821-1878,* Cambridge Univ. Pres, 1983. Jelavich, Ch. y B., *The Establishment of the Balkan National States, 1804-1920,* Univ. of Washington Press, 1977. Jelavich, Ch., *Tsarist Russia and Balkan Nationalism,* Univ. of California Press, 1958. MAcDermott, M., *The Apostle of Freedom: A Portrait of Vasil Levsky against a Background of Nineteenth Century Bulgaria,* London, Alle & Unwin, 1967. Mardin, S., *The Genesis of Young Ottoman Thought: A Study in the Modernization of Turkish Political ideas.* Princeton Univ. Press, 1962. Mackenzie, D., *Ilija Garasanin: Balkan Bismark* Columbia Univ. Press, 1985. Papacosma, S.V., *The Military in Greek Politics: The 1909 Coup d'Etat,* Kent State Univ. Press, 1977. Wetzel, D. *The Crimean War: a diplomatic history.* Columbia Univ. Press, 1986. Woodhouse, C.M., *The Greek War of Independence: Its Historical Setting.* London, Hutchinson, 1952.



Coronación de los reyes de Rumanía, Carol I e Isabel, en 1981 (La Ilustración Española y Americana)

Los Balcanes contemporáneos (1)

Textos

CUADERNOS historia 16

Vísperas revolucionarias

LA verdad era que con la llegada de la primavera aumentaba a pasos de gigante la agitación revolucionaria. Toda Tracia occidental, su región principal, parecía esta primavera un volcán que rugía sordamente próximo a estallar. Una multitud de apóstoles y predicadores cruzaban los montes y los campos y organizaban la lucha. Encontraban en todos sitios buena acogida, brazos abiertos para abrazarlos, corazones francos dispuestos a escucharles, un pueblo ansioso de libertad, impaciente ante la misión de llevar la cruz de Gólgota. Una larga serie de luchadores estaba ya en el campo de Bulgaria y arrojaban la semilla de la conciencia de sí mismos. Esta fila milagrosa que empezaba con Paisi —un monje— y acababa con Levski —un diácono—, dos santos, había abonado y sembrado el campo, el primero bendiciéndolo desde la altura del monte Atos; el segundo desde la altura de la horca. Hacía veinte años, cuando Rakovski había hablado en una aldea de la sublevación, debió huir de la ira de los campesinos disfrazándose de mujer. Ahora el pueblo, cuando oía que un apóstol llegaba, mandaba comitivas a su encuentro y escuchaba y devoraba ansiosamente los discursos vivificantes, como una garganta seca el hilo cristalino del agua. Si le decían: «Estate dispuesto, tienes que morir», la iglesia daba a su pope, la escuela a su maestro, el campo a su labrador, la madre a su hijo. La idea, con fuerza tempestuosa, presentábase en todos los lugares, en los montes y en la llanura, en la choza del pobre y en la celda del monje. También los chorvayís, la clase señalada, freno y obstáculo en el progreso del pueblo, se encontraba bajo la influencia de esta idea que agitaba las cabezas. La verdad es que tomaban poca parte en el movimiento patriótico, aunque no le pusieran obstáculos, conservando el secreto. Las traiciones y las cobardías vinieron por todas partes, y por parte de todos, después del fracaso como su consecuencia inevitable. En vano algunos pretenden, en contra de la verdad histórica, atribuir esa exaltación sólo a aquella parte de la población que usaba abarcas. Es inútil. El espíritu revolucionario, ese ángel fogoso, rozó con su ala a los de las abarcas y a los de las universidades, los feces, las gorras y los bonetes. Como en todas las luchas búlgaras hacia el progreso, la ciencia y la cruz, el espíritu en una palabra, iba a la cabeza. Las listas de los numerosos mártires búlgaros lo demuestran de manera clara. Es verdad que el contingente más importante lo dieron, como siempre, las masas del pueblo, pero éstas dieron lo que es posible: el número. La inteligencia fue imprescindible, dándole el sentido y el alma.
(IVAN VASOV, «Bajo el yugo». Barcelona, Bruguera, 1985.)

Paz en el este

ART. 22. Los principados de Valaquia y Moldavia continuarán disfrutando, bajo la soberanía de la Puerta y bajo la garantía de las potencias contratantes, de los privilegios e inmunidades de que hasta ahora han disfrutado. Ninguna de las potencias garantes podrá ejercer proteccion alguna exclusivamente, como tampoco tendrá derecho para ingerirse en sus asuntos interiores.

ART. 23. La Sublime Puerta se compromete a conservar en dichos Principados una administracion independiente y nacional, así como completa libertad de cultos, de legislación, de comercio y de navegación.

Serán revisadas las leyes y estatutos hoy vigentes. Para que haya completa conformidad en esta revision, se reunira a la mayor brevedad en Bucarest una comisión especial, nombrada por las grandes potencias contratantes, con un comisario de la Sublime Puerta.

Esta comision tendrá por objeto informarse del estado actual de

los Principados y proponer las bases de su futura organización.

ART. 24. Su Majestad el sultán se compromete a convocar inmediatamente, en cada una de las dos provincias, un consejo (divan) *ad hoc*, compuesto de tal modo que represente fielmente los intereses de todas las clases de la sociedad. Estos consejos (divanes) serán llamados para que expresen los deseos de las poblaciones respecto a la organizacion definitiva de los Principados.

Una instrucción del Congreso arreglará las relaciones de la comision con dichos consejos.

ART. 25. La comisión, teniendo en cuenta la opinion emitida por ambos consejos, trasmitirá sin tardanza el resultado de su propio trabajo al lugar de las conferencias.

La definitiva inteligencia con el poder soberano será consagrada por un convenio celebrado en París entre las altas partes contratantes; y un hahtti-cheriff constituirá definitivamente, conforme a las estipulaciones del convenio, la organizacion de estas provincias, colocadas en adelante bajo la garantía colectiva de todas las potencias signatarias.

ART. 26. Habrá en los Principados un ejército nacional, organizado con el fin de mantener la seguridad interior y la de sus fronteras. No podrá oponerse obstáculo alguno a las medidas extraordinarias de defensa que, de acuerdo con la Sublime Puerta, tomasen aquéllos para rechazar toda agresion injusta.

ART. 27. Si se hallare amenazada o comprometida la tranquilidad interior de los Principados, se entenderá la Sublime Puerta con las demás potencias contratantes sobre las medidas que deban tomarse para mantener o restablecer el orden legal. No podrá verificarse una intervencion armada sin previo acuerdo entre estas potencias.

ART. 28. El Principado de Serbia continuará dependiendo de la Sublime Puerta, conforme a los hatts imperiales que fijan y determinan sus derechos e inmunidades, colocados en adelante bajo la garantía colectiva de las potencias contratantes.

Por consecuencia, conservará dicho Principado su administración independiente y nacional, así como también completa libertad de cultos, de legislación, de comercio y de navegacion.

ART. 29. Se conserva el derecho de guarnición de la Sublime Puerta, tal como se halla estipulado por los reglamentos anteriores. No podrá verificarse en Serbia ninguna intervención armada sin previo acuerdo de las altas potencias contratantes. *(Artículos del Tratado de Paz que puso fin a la Guerra de Crimea, 30-3-1856.)*

Un intento de recopilación histórica

POR qué, pobre imbécil, te avergüenzas de tu raza y te arrastras tras una lengua extranjera? Dices que los griegos son más inteligentes y cultos, mientras que los búlgaros son vulgares y necios y carecen de expresiones finas. También dices que es mejor que nos unamos a los griegos. Pero mira, insensato, que hay muchos pueblos más inteligentes y más valientes que los griegos. ¿Qué griego abandona su lengua, su educación y su raza, como tú haces, insensato, sin obtener ventaja alguna de la inteligencia y el refinamiento griegos? ¡Tú, búlgaro, conoce tu raza y tu lengua, y estudia en tu lengua! La simplicidad y la inocencia búlgaras son mejores. Los búlgaros zafios acogen y agasajan a todos entre ellos, y dan limosna a cualquiera que se la pida, mientras que los griegos inteligentes y cultivados no lo hacen: por el contrario, despojan y saquean sin vergüenza alguna a los inocentes. De esta forma, de su inteligencia y su cultura acaban recogiendo más pecados que provecho. O

quizá te avergüenzas de tu pueblo y de tu lengua ante los sabios, los comerciantes y los hombres célebres de la tierra, pues los búlgaros son zafios. ¿Acaso no hay entre ellos muchos comerciantes y hombres hábiles que sepan leer y escribir y que hoy sean mundialmente célebres, sino que la mayor parte son simples campesinos, jornaleros, pastores y humildes artesanos?

Voy a responderte brevemente. Desde Adán a David y hasta Joaquín y José —prometido de la Santa Virgen— de todos los justos y santos profetas y patriarcas, ninguno era ni comerciante ni hombre elegante y orgulloso como son los rusos de hoy, a los que tú veneras y admiras arrastrándote tras su lengua y sus costumbres. Por el contrario, todos estos justos padres campesinos y pastores, ricos en animales y frutos de la tierra, eran de naturaleza simple y sin malicia. El mismo Cristo descendía y fue a vivir en casa del sencillo y pobre José. Ves que Dios ama por encima de todo a los campesinos sencillos y sin malicia, y que es a ellos a quienes en primer lugar ama y prefiere sobre la tierra, mientras que tú te avergüenzas porque los búlgaros son sencillos e ingenuos pastores y campesinos, y reniegas de tu nacionalidad y de tu lengua, y elogias la lengua extranjera y te arrastras tras las costumbres de los demás.

He visto a muchos búlgaros que hacen esto, y prefieren la lengua y las costumbres extranjeras, denigrando las suyas. Es por esto por lo que he escrito acerca de estos calumniadores que no aman ni su nacionalidad ni su lengua, mientras que para tí, que quieres conocer y oír hablar de tu nacionalidad y de tu lengua, he escrito para que sepas que nuestros zares, patriarcas y prelados búlgaros no carecían ni de libros de historia ni de códigos. Todos ellos reinaron y dominaron la tierra durante años, y poseyeron historias de los zares y códigos, y conocimientos acerca de todo y sobre muchos santos y sus divinos servicios. Pero en aquella época no había imprentas eslavas, y los hombres no gustaban de dedicarse a copiar. Solamente en pocos lugares se encontraban libros. Cuando los turcos conquistaron por sorpresa la tierra búlgara, profanaron e incendiaron las iglesias, los monasterios y los palacios de los zares y de los prelados. En esta época los hombres huían del terror turco para salvar la vida, y fue entonces cuando desaparecieron las historias de los zares y los códigos sobre los patriarcas y los prelados búlgaros, y también las biografías de muchos santos y sus divinos servicios. Hoy estos libros, que relataban la historia de nuestro pueblo y de los zares búlgaros, ya no existen.

He leído muchos libros, y durante largo tiempo y con paciencia he buscado sin hallar nada. En muchas historias manuscritas e impresas, raramente aparecen escasos datos breves. Un cierto Mavroubir, latino, ha traducido una breve historia de los zares búlgaros, muy corta, en la que apenas se encuentran sus nombres y la fecha de sus reinados. Por otra parte el mismo Mavroubir escribe: *Así cuentan los griegos, llevados por los celos y el odio que tienen por los búlgaros. No han descrito los actos valerosos y las obras gloriosas del pueblo búlgaro y de sus zares. Han escrito brevemente y contrariamente a la verdad lo que les convenía, para no sonrojarse de que los búlgaros les hubiesen vencido varias veces, haciéndose pagar tributo por ellos.* Durante largo tiempo, he recopilado en este Mavroubir y en muchas otras historias lo que he considerado esencial para componer esta pequeña historia. En efecto, en muchos libros se encuentran breves textos sobre los búlgaros, pero no todos podíamos tener estos libros para leerlos y recordarlos. Y es por ello por lo que decidí recopilar los hechos y con ellos hacer un todo. *(PAISI DE JILENDAR, «Historia eslavo-búlgara», Sofia, 1963. Pág. 29-30.)*

Un corresponsal español en la guerra ruso-turca

(...) La batalla empezó a eso de las seis de la mañana del 31. Prevenido el general Pomenanzof de que fuertes masas enemigas se movían de Plewna hacia la línea rusa, reforzó los puestos avanzados y se previno a la agresión, que no se hizo esperar.

El enemigo se dirigió sobre Pelichat y Sgalinze, pueblecillos situados a unos 15 kilómetros al Este de Plewna y a la izquierda de la carretera que por Gorni-Student y Biela va a Rustchuc.

Los turcos, según cálculo de los generales rusos, presentaron en batalla unos 20.000 hombres.

En la defensa tomaron parte cinco regimientos de infantería, uno de caballería, tres baterías de a ocho piezas, una en Pelichat, una a la izquierda y otra a la derecha de Sgalinze, y dos pequeñas piezas en una obra avanzada entre los dos pueblos.

Las posiciones rusas, sin ser excelentes, se prestaban a la defensa por cuanto el frente lo constituía un terreno ligeramente ondulado, y con excepción de alguno que otro árbol suelto, sin accidente que pudiera abrigar fuerza ninguna.

Sufrieron los rusos unas mil bajas; los turcos debieron perder un número cuatro veces mayor, por lo menos, si se atiende a las condiciones desfavorables con que atacaron y al dato del número de muertos y heridos que dejaron sobre el campo. Dos días después llevaban enterrados los soldados rusos más de ochocientos cadáveres de enemigos.

Paradin, 5 de septiembre de 1877.

(...) Levantáronse todos los campos, parques y ambulancias, pusiéronse en movimiento y uníanse unos a otros los convoyes: todo indicaba claramente que nos hallábamos en la víspera de la batalla, y para nadie fue un misterio, en la tarde del 6, que durante la noche se trabajaría activamente en el emplazamiento de la artillería, a fin de romper el fuego al amanecer del día inmediato. Hízose esta operación con toda felicidad: el enemigo, o no lo advirtió, o no trató de impedirla, y un *hurra* formidable, al que hicieron coro con una descarga veinte piezas de grueso calibre, anunció el apuntar el día 7 el comienzo de la batalla.

Rompióse el fuego en toda la línea para no cesar hasta que la noche sumió a todos en las tinieblas, y el combate, sin ser sangriento, fue vivo y continuo durante todo el día. Las baterías rusas y rumanas repetían sus disparos con asombrosa rapidez, y de igual manera contestaba el enemigo.

Las fortificaciones que defendían y defienden todavía a Plewna forman tres líneas independientes: la primera, llamémosla A, a su izquierda, en la colina que de Bukova va a Grivitza, en dirección S. E.; la segunda, *B,* paralela a ésta, y a la derecha de la carretera de Sistova y Biela, en un alto que se extiende hacia Radischovo, y la tercera *X*, en el centro del semicírculo que forman con el río Vid las carreteras de Sofía y la de Lovtcha. A la segunda línea, y principalmente al primer reducto del frente, convergían los más de los tiros de la artillería rusa.

Momentos hubo en que las tres se ocultaban a la vista: al humo de sus fuegos se unía una espesa nube de polvo que levantaban los proyectiles, y al declinar el día el perfil de los parapetos había desaparecido; sólo quedaba una masa confusa de tierra, que la opinión general juzgaba insostenible por valerosos que fueran sus defensores. La jornada terminó con dos solos muertos, uno de ellos un coronel, y cinco heridos.

De los espectáculos de la guerra, ninguno más grandioso, ninguno que cautive tanto como un combate de artillería; pero al cabo



José Luis Pellicer (1842-1901) dibujante y periodista. Fue corresponsal de La Ilustración Española y Americana *en* La Guerra de Oriente, *título con el que fue conocido el conflicto ruso-turco de 1877/78*

de algunas horas se acostumbra el oído al cañoneo y al silbar de las granadas; la vista a las humaredas que lentamente se disipan en el espacio; y se cansan los brazos de sostener el anteojo, y la vista de esforzarse en agrandar los objetos tras los cristales.

Gorni-Student, 22 de septiembre de 1877.

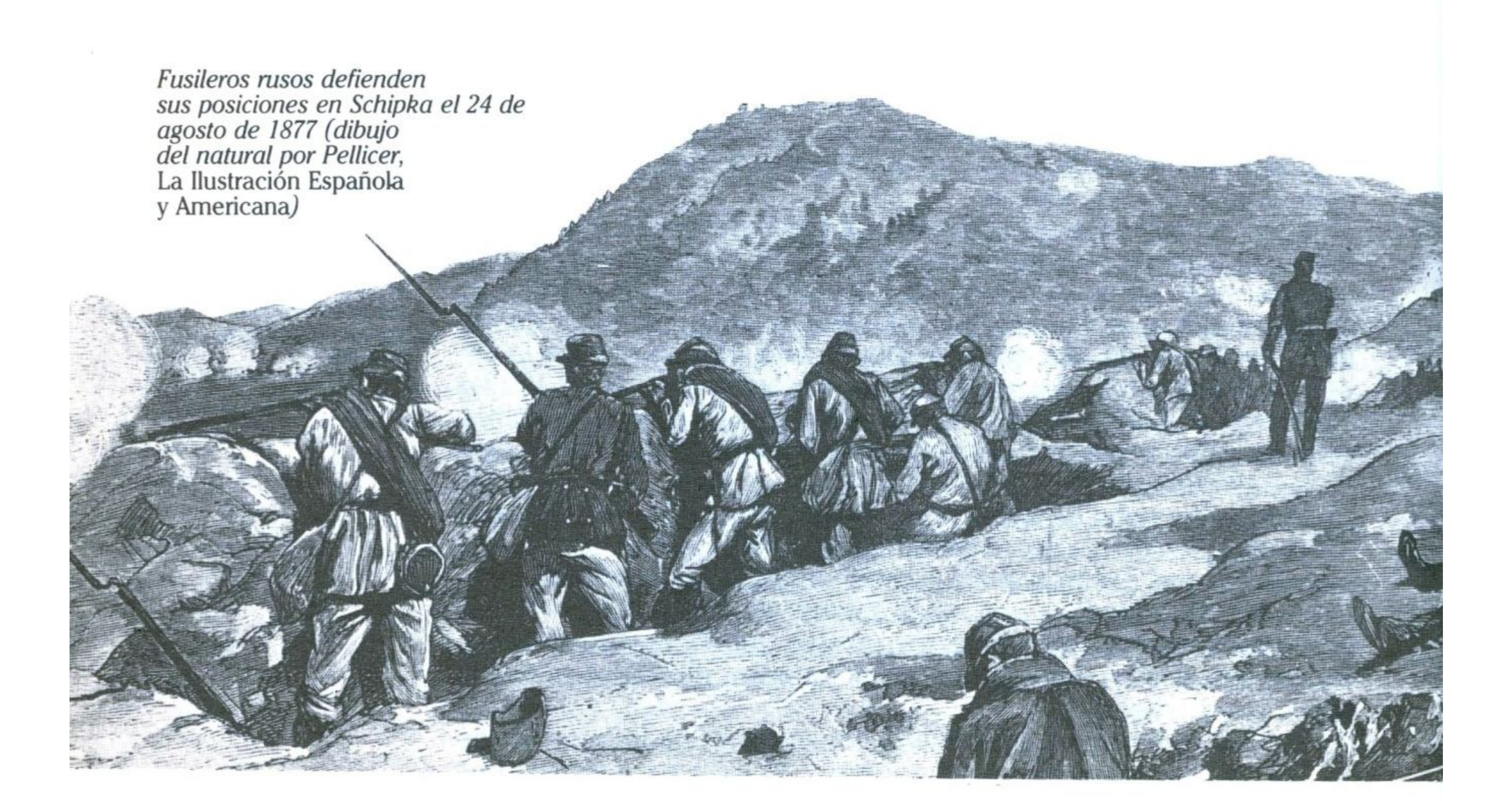
(...) El éxito final de la guerra no es dudoso desde el momento en que Rusia pone en práctica el dicho de Moltke: *Dinero, paciencia y fortuna.* Con que este último elemento sea algo favorable, basta para decidir el éxito, cuando se poseen los otros dos.

Turquía ha sorprendido por la fuerza de resistencia que demostró, como Rusia por la debilidad de su empuje; pero no se tengan estos dos resultados como principios para la continuación de la guerra. Turquía no puede en mucho aumentar aquélla, mientras que Rusia puede hacer y hace, aunque a fuerza de muchos y grandes sacrificios, mayor su potencia todos los días.

Ante una ventaja positiva por parte de éstos, no hay que olvidar que la confusión y el pánico reinarían en Constantinopla, como a medidos de julio. La fuerza de Turquía reside, no en su manera de ser como nación, sino en el fanatismo musulmán y en auxilios que para nadie son un misterio.

Es de desear, pues, que el resultado final de esta desastrosa guerra sea favorable a la libertad de todos los pueblos, esclavos o no, que constituyen la casi totalidad de la Turquía europea.

Desgraciadamente, ya por el temor que inspira el exagerado poderío de Rusia, ya por el choque de encontrados intereses, y sobre todo por la tradicional repugnancia a resolver de raíz las cuestiones desde el momento en que caen bajo el dominio diplomático, es probable que se hará la paz de manera que queden en pie motivos bastantes para emprender otra lucha antes de terminar el siglo que corre.



Fusileros rusos defienden sus posiciones en Schipka el 24 de agosto de 1877 (dibujo del natural por Pellicer, La Ilustración Española y Americana*)*

En tanto, los votos de quien juzga esta contienda con serena imparcialidad se dirigirán a la completa derrota de Turquía, no se apegó a Rusia, sino por simpatía hacia esas infelices poblaciones que gimen bajo el más absurdo de los despotismos y sufren las consecuencias de un fanatismo tan grosero como cruel y feroz.

Bucarest, 22 de octubre de 1877.
(PELLICER, «La Ilustración Española y Americana», Cartas.)

Un proyecto organizativo

A fin de poder instaurar la paz en Oriente, erradicar las continuas brutalidades de los turcos, que no respetan ningún derecho humano, y realizar las justas aspiraciones del pueblo búlgaro, Europa debe contribuir al cumplimiento del siguiente programa:

1. Restablecimiento del Estado búlgaro comprendiendo Bulgaria, Tracia y Macedonia, donde el elemento principal y predominante es búlgaro.
2. El Estado búlgaro deberá ser gobernado de forma independiente y autónoma, en virtud de una Constitución elaborada por un cuerpo legislativo elegido por el pueblo.
3. Serán promulgadas leyes especiales para todos los sectores de la administración, según el espíritu de los Estatutos y conforme a las necesidades del pueblo.
4. Todas las nacionalidades extranjeras mezcladas con el pueblo búlgaro deberán beneficiarse, junto con él, de los mismos derechos políticos y civiles.
5. La plena libertad de conciencia reinará en el Estado búlgaro.
6. El servicio militar y la enseñanza general serán obligatorios para todo ciudadano del Estado búlgaro.

Para poner en práctica este programa y para evitar una nueva efusión de sangre, será necesaria una ocupación militar extranjera de Turquía, durante la cual será constituido el primer Gobierno provisional búlgaro. *(Programa político de la Primera Asamblea Nacional Búlgara, 19-11-1876.)*

Austria justifica la anexión de Bosnia

DESDE un principio nuestra ocupación de Bosnia tenía la intención de ser permanente, al igual que en beneficio de Egipto vuestra ocupación del País de las Pirámides deberá confirmarse permanente. Apreciando estas circunstancias, creo estar justificado cuando afirmo que su proclamación, en fecha 7 de octubre de 1908, nada ha cambiado la realidad de las cosas; ha puesto fin solamente a una mera ficción, y por tanto no está en contradicción con el espíritu del Tratado de Berlín. Turquía no ha perdido nada; por el contrario, ha recuperado —como consecuencia de la retirada de nuestras tropas del territorio de Novi Bazar— el ilimitado ejercicio de la soberanía sobre aquellas regiones.

¿Y Serbia? Serbia se queja de que sus aspiraciones de extender con el tiempo su dominio a Bosnia y Herzegovina se han visto contrariadas por su incorporación formal a nuestra monarquía. Pero, ¿puede reclamar Serbia derecho alguno sobre estos territorios? Nominalmente, pertenecían a Turquía, y realmente a Austria-Hungría, pero en modo alguno a Serbia. Es cierto que los habitantes de estas provincias eran mayoritariamente de la misma nacionalidad que los serbios; pero la inmensa mayoría de ellos no tenían las mismas convicciones religiosas que los serbios: son católicos o mahometanos,

pero no ortodoxos. Y en la Europa oriental la religión es casi más básica en la configuración política que la misma nacionalidad...

Si, por último, nos preguntamos qué sería más beneficioso para los habitantes de estas regiones, si el dominio austrohúngaro o el dominio serbio, la respuesta difícilmente podría ser dudosa. La labor realizada por Austria-Hungría durante treinta años en los territorios ocupados ha sido mundialmente reconocida. Cuando Mr. Holls, el delegado americano en la primera Conferencia de La Haya, llegó a Europa para estudiar la administración de Bosnia como modelo para la de las islas Filipinas y Puerto Rico, estuvo de acuerdo en que la administración de lord Cromer en Egipto y la del barón Kollay en Bosnia eran los mejores modelos de gobierno colonial. *(Artículo de H. LAMMASCH, publicado en «The Times», Londres, 10-11-1908.)*

Proyecto de unión regional

A menudo en el pasado nuestros pueblos han expresado su voluntad de asegurarse un porvenir de paz que el pacto que acabamos de firmar está destinado a darles. A este efecto se han multiplicado los esfuerzos generosos. Y muy a menudo nuestro espíritu se ha visto iluminado por la ilusión de una más vasta construcción, que englobase a todos los países balcánicos en un organismo nuevo.

Por el Pacto de Alianza Balcánica no hemos podido, ciertamente, conseguir en su totalidad los resultados que nuestros pueblos y los apóstoles de la idea balcánica pretendían de nosotros. La fácil unanimidad de sentimientos que nos animan ha debido, necesariamente, sufrir los rigurosos ajustes impuestos por la realidad de la situación. Y para armonizar los pensamientos e intereses de nuestros pueblos, hemos debido acaso reducir la extensión de nuestras aspiraciones.

Pero llevando al terreno práctico y político el vasto movimiento de ideas que ha inspirado nuestra acción, hemos cumplido ciertamente todo lo que la complejidad de los problemas considerados nos permitía alcanzar en este momento. Asimismo, con legítimo orgullo los obreros de esta obra podrán afirmar que es la primera vez que la idea balcánica se verá traducida en actos políticos concretos, que tienen el gran mérito de existir, y por ello mismo de abrir a todos los países balcánicos nuevos horizontes.(...)

¿Significa esta afirmación que nuestros comunes intereses implican intenciones malévolas o agresivas hacia los demás países? Afirmar tal absurdo sería no solamente desconocer nuestras verdaderas intenciones, sino y ante todo, imputar a los demás países aspiraciones que ciertamente no podrían tener. Por el contrario, nosotros deseamos que esta sólida afirmación de nuestros intereses llegue sin tardar a convencer a nuestros amigos de los Balcanes de nuestra inquebrantable resolución de respetar su integridad y sus derechos, y que solamente por medio de este respeto recíproco y sin reservas podrá asegurarse la felicidad de todos.

El ejemplo de nuestros cuatro países en el orden y la paz, gozando de los frutos de su tarea común, no tardaría —estoy seguro— en convencer a todos los pueblos balcánicos de las ventajas que podrían obtener de esta estrecha solidaridad. La conciencia de estas ventajas está ya en marcha. Demasiadas desgracias han sucedido en nuestra península; demasiada desconfianza ha mantenido a nuestros pueblos enfrentados entre sí, para que las suspicacias de nuestros amigos desaparezcan rápidamente ante la rica cosecha de beneficios que el magnífico esfuerzo que hemos llevado a cabo asegurará a nuestros países. *(Discurso del ministro de Exteriores griego en el acto de firma del Pacto Balcánico. Atenas, 9-2-1934.)*